J. GARCIA PRADAS

LA CRISIS DEL SOCIALISMO

Ediciones «Solidaridad Obrera»

RODOLFO ROCKER

El Socialismo y el Estado

La crisis del socialismo

J. GARCIA PRADAS

Ediciones «SOLIDARIDAD OBRERA»

EL SOCIALISMO Y EL ESTADO

NOTA EDITORIAL :

Reproducimos aquí este trabajo del maestro Rocker porque, además de referirse García Pradas a él en el tercer capítulo de « La crisis del socialismo », creemos que da la adecuada perspectiva histórica al tema tratado por nuestro compañero.

CON el desenvolvimiento del socialismo y del moderno movimiento obrero en Europa se hizo presente una nueva tendencia espiritual en la vida de los pueblos, que no ha terminado todavía su evolución. Pero su destino depende de la orientación que adopte : libertaria o autoritaria.

A los socialistas de todas las tendencias les es común la convicción de que la presente organización social es una causa permanente de malestar y que a la larga no podrá persistir. Común es también a todas las tendencias socialistas la afirmación de que un mejor orden de cosas no puede ser producido por modificaciones de naturaleza puramente política, sino sólo por una transformación radical de las condiciones económicas existentes, de manera que la tierra y todos los medios de producción social no queden como propiedad privada en manos de minorías privilegiadas, sino que pasen a la posesión y a la administración de la comunidad. Sólo así será posible que el objetivo y la finalidad de toda actividad productiva sea, no la esperanza de ganancia personal, sino la aspiración solidaria a dar satisfacción a las necesidades de todos los miembros de la sociedad.

Pero sobre las características de la sociedad socialista, y sobre los medios y caminos para llegar

a ella, las opiniones de las diversas tendencias socialistas se escinden. Esto no tiene nada de extraño, pues, lo mismo que cualquier otra idea, tampoco el socialismo llegó a los hombres como una revelación del cielo ; se desarrolló dentro de las formas sociales existentes y respaldándose en ellas. Por eso era inevitable que sus representantes fuesen más o menos influídos por las corrientes sociales de la época, según su modalidad en cada país. Se sabe la gran influencia que tuvieron las ideas de Hegel en la formación del socialismo en Alemania : la mayoría de sus iniciadores — Grün, Hess, Lassalle, Marx, Engels — procedían del círculo de la filosofía alemana; sólo Weitling recibió sus estímulos de otra parte. En Inglaterra es innegable la penetración de las aspiraciones socialistas por las concepciones liberales. En Francia son las corrientes espirituales de la Gran Revolución; en España, son las influencias del federalismo político las que se manifiestan agudamente en las concepciones socialistas. Lo mismo podría decirse del movimiento socialista de cada país.

Pero como en un ambiente cultural común, como el de Europa, las ideas y los movimientos sociales no quedan circunscriptos a determinado territorio, sino que invaden naturalmente otros países, así no sólo conservan su colorido puramente local, sino que reciben de fuera los estímulos más diversos, que penetran casi inadvertidamente en el propio dominio del pensamiento y lo fecundan de una manera especial. El vigor de esas influencias externas depende en gran parte de las condiciones generales. Piénsese sólo en la influencia poderosa de la Revolución francesa y en sus sedimentos espirituales en la mayoría de los países de Europa. Por eso es claro que un movimiento como el del socialismo tendrá en cada

país las más diversas conexiones ideológicas, y en ninguna parte se circunscribirá a una expresión determinada.

Babeuf y la escuela comunista que hizo suyas sus ideas, han surgido del mundo mental del jacobinismo, por cuyo modo de ver las cosas fueron completamente dominados. Estaban convencidos de que a la sociedad podía dársele la forma que se quisiera, siempre que se contase con el aparato político del Estado. Y como con la difusión de la moderna democracia, en el sentido de Rousseau, había anidado hondamente en las concepciones de los hombres la creencia maravillosa en la omnipotencia de las leyes, la conquista del poder político se convirtió en un dogma para aquellas tendencias socialistas que se apoyaban en las ideas de Babeuf y de los llamados " Iguales ". La disputa de esas tendencias entre sí giraba en torno a la manera de entrar del mejor modo y más seguramente en posesión del poder del Estado. Mientras los sucesores directos de Babeuf, los llamados babouvistas, se atenían a las viejas tradiciones y estaban convencidos de que sus sociedades secretas alcanzarían un día el poder público por medio de un golpe de mano revolucionario, a fin de dar vida al socialismo con la ayuda de la dictadura proletaria, hombres como Louis Blanc, Pecqueur, Vidal y otros defendían el punto de vista de que eso habría de evitarse en lo posible, siempre que el Estado comprendiese el espíritu del tiempo y se pusiera a trabajar, por propio impulso, en una transformación completa de la economía social. Pero era común a ambas tendencias la creencia de que el socialismo era realizable con la ayuda del Estado y de una legislación correspondiente. Pecqueur había esbozado con ese fin todo un Código — una es-

pecie de " Code Napoleón " socialista — que debía servir de guía a un gobierno de amplia visión.

Casi todos los grandes iniciadores del socialismo, en la primera mitad del siglo pasado, estaban más o menos fuertemente influídos por concepciones autoritarias. El genial Saint-Simon reconoció, con gran agudeza, que la humanidad avanzaba hacia un período " en que el arte de gobernar a los hombres había de ser suplantado por el arte de administrar las cosas " ; pero sus discípulos se comportaron, en cambio, autoritariamente, llegaron a la concepción de una teocracia socialista, y al fin desaparecieron de la superficie.

Fourier desarrolló en su " sistema societario " pensamientos libertarios de maravillosa profundidad y de inolvidable significación. Su teoría del " trabajo atractivo " aparece precisamente hoy, en el período de la " racionalización capitalista de la economía ", como una revelación de verdadero humanismo. Pero también él era un hijo de su tiempo y se dirigió, como Robert Owen, a todos los poderosos de Europa en la esperanza de que le ayudarían a realizar sus planes. De la verdadera esencia de la liberación social apenas tuvo presentimiento, y la mayoría de sus numerosos discípulos, todavía menos que él. El " comunismo icariano " de Cabet estaba impregnado de ideas cesaristas y teocráticas. Blanqui y Barbès eran jacobinos comunistas.

En Inglaterra, donde había aparecido ya en 1793 la profunda obra de Goldwin, Ensayo acerca de la justicia política, *el socialismo del primer período tuvo un carácter mucho más libertario que en Francia, pues allí le había abierto el camino el liberalismo, y no la democracia. Pero los escritos de William Thompson, John Gray y otros fueron*

casi enteramente desconocidos en el Continente. El comunismo de Robert Owen era una mezcolanza singular de ideas libertarias y de conceptos autoritarios del pasado. Su influencia en el movimiento sindical y cooperativo de Inglaterra fué, durante un tiempo, muy importante ; pero después de su muerte se perdió cada vez más, para hacer sitio a consideraciones más prácticas, *que perdieron paulatinamente de vista el gran objetivo del movimiento.*

Entre los pocos pensadores de aquel período, que intentaron situar sus aspiraciones socialistas en una base realmente libertaria, Proudhon fué, sin duda alguna, el más importante. Su crítica demoledora de las tradiciones jacobinas, de la naturaleza del Gobierno y de la fe ciega en la fuerza maravillosa de las leyes y los decretos tuvo el efecto de una acción libertadora, que ni siquiera hoy ha sido reconocida en toda su grandeza. Proudhon había comprendido claramente que el socialismo tenía que ser libertario si había de tenerse en cuenta como creador de una nueva cultura social. Ardía en él la llama viva de una nueva era, que presentía, y cuya formación social veía con claridad en su espíritu. Fué uno de los primeros que opusieron a la metafísica política de los partidos los hechos concretos de la economía. La economía fué para él la verdadera base de la vida social entera, y como había reconocido, con profunda sagacidad, que precisamente lo económico es lo más sensible a toda coacción externa, asoció con estricta lógica la abolición de los monopolios económicos con la extirpación de toda esencia gubernativa en la vida social. El culto a las leyes, al que sucumbían los partidos de aquel período con un verdadero fanatismo, no tenía para él la menor significación creadora, pues sabía que en una comunidad de hombres libres

e iguales sólo el libre acuerdo podría ser el lazo moral de las relaciones sociales de los seres humanos entre sí.

¿ Usted quiere, pues, suprimir el Gobierno ? — se le preguntó —. ¿ Usted no quiere Constitución alguna ? ¿ Quién conservará entonces el orden en la sociedad ? ¿ Qué pondrá usted en lugar del Estado ? ¿ En lugar de la Policía ? ¿ En lugar de los grandes poderes políticos ? — ¡ Nada ! — respondió —. La sociedad es el movimiento eterno. No necesita ni leyes ni legisladores. Las leyes en la sociedad son como el tejido de la araña en la colmena : sólo sirven para cazar las abejas.

Proudhon había concebido el mal del centralismo político en todos los detalles ; por eso anunció como un mandamiento de la hora la descentralización política y la autonomía de las comunas. Era el más destacado de todos los contemporáneos que habían escrito en sus banderas el principio del federalismo. Cerebro esclarecido, comprendió que los hombres de su tiempo no podían llegar de un salto al reino de una sociedad sin aparato gubernativo ; sabía que la conformación espiritual de sus contemporáneos, constituída lentamente en el curso de largos períodos, no podía desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Por eso le pareció la descentralización política, para arrancar al Estado cada vez más sus funciones, el medio más apropiado para iniciar la abolición de todo gobierno del hombre por el hombre. Creía que una reconstrucción política y social de la sociedad europea en forma de comunas autónomas, ligadas entre sí federativamente a base de libres pactos, podría contrarrestar la evolución funesta de los grandes Estados modernos. Partiendo de ese pensamiento, opuso a las aspiraciones de unidad nacional de

Mazzini y de Garibaldi la descentralización política y el federalismo de las Comunas, pues estaba persuadido de que sólo por ese camino era posible una cultura social superior de los pueblos europeos.

Es característico que precisamente los adversarios marxistas del gran pensador francés quieran reconocer en esas aspiraciones de Proudhon una prueba de su " utopismo ", indicando que el desarrollo social, a pesar de todo, ha entrado por la vía de la centralización política. ¡ Como si esto fuese una prueba contra Proudhon ! Por ese desenvolvimiento, que Proudhon había previsto de un modo tan claro, y cuyo peligro supo describir tan magistralmente, ¿ han sido suprimidos los daños del centralismo, o se han superado ? ¡ No y mil veces no ! Esos daños han aumentado desde entonces hasta lo monstruoso, y fueron una de las causas principales que condujeron a la espantosa catástrofe de la guerra mundial, como son hoy uno de los mayores impedimentos contra una solución razonable de la crisis económica internacional. Europa se retuerce en mil contorsiones bajo el yugo férreo de un burocratismo estéril, para quien toda acción independiente es un horror, y que querría decretar sobre todos los pueblos el tutelaje del cuarto de niños. Tales son los frutos de la centralización política. Si Proudhon hubiese sido un fatalista, habría interpretado ese desarrollo de las cosas como " una necesidad histórica " y habría aconsejado a los contemporáneos tomar las cosas como venían, hasta que llegase el momento en que se produjese el " cambio de la afirmación en la negación " ; pero como auténtico combatiente, se levantó contra el mal e intentó mover a sus contemporáneos contra él.

Proudhon previó todas las consecuencias de un

desarrollo en el sentido de los grandes Estados, y atrajo la atención de los hombres sobre el peligro que les amenazaba ; al mismo tiempo les mostró un medio para oponer una barrera al mal. No fué culpa suya si su palabra sólo fué escuchada por pocos y si al fin se perdió como una voz en el desierto. Llamarle por eso " utopista " es un placer tan fácil como estéril. Entonces, también el médico es utopista, pues por los síntomas de una enfermedad predice sus consecuencias y muestra al paciente un camino para defenderse del mal. ¿ Es culpa del médico si el enfermo no hace caso de sus consejos ni intenta conjurar el peligro ?

La formulación proudhoniana de los principios del federalismo fué un ensayo de la libertad para contrarrestar la reacción provocativa, y su significación consiste en haber impreso al movimiento obrero de Francia y de los demás países latinos el sello de su espíritu, intentando dirigir su socialismo por el sendero de la libertad y del federalismo. Cuando haya sido, al fin, definitivamente superada la idea del capitalismo de Estado en todas sus diversas formas y derivaciones, se sabrá apreciar exactamente la verdadera importancia de la obra intelectual de Proudhon.

Cuando después apareció la Asociación Internacional de los Trabajadores, fué el espíritu federalista de los socialistas de los países llamados latinos el que dió su significación propia a la gran organización, haciéndola una de las mejores del movimiento obrero socialista de Europa. La Internacional misma era una asociación de organizaciones sindicales de lucha y de grupos ideológicos socialistas. De sus filas salieron los grandes pensamientos creadores de un renacimiento social sobre la base del socialismo, cuyas aspiraciones libertarias se hicie-

ron resaltar siempre, con claridad, en cada uno de sus Congresos, y fueron tan meritorias en el desarrollo espiritual de la gran asociación. Han sido casi exclusivamente los socialistas de los países latinos los que han estimulado y fecundado este desenvolvimiento de ideas. Mientras los socialdemócratas de aquel período veían en el llamado " Estado popular " su ideal político del futuro, y reproducían de ese modo las tradiciones burguesas del jacobinismo, los socialistas revolucionarios de los países latinos habían reconocido muy bien que un nuevo orden económico en el sentido del socialismo también requiere una nueva forma de organización política para desarrollarse libremente. Pero asimismo comprendieron que esa forma de organización social no podía tener nada de común con el actual sistema estatal, sino que había de significar su disolución histórica. Así surgió en el seno de la Internacional el pensamiento de una administración completa de la producción social y del consumo general por los productores mismos, en la forma de libres grupos económicos ligados sobre la base federativa, a quienes simultáneamente habría de corresponder la administración política de las comunas. De esa manera se pensaba suplantar la casta de los actuales políticos profesionales y de partido por técnicos sin privilegio, y substituir la política del poder de Estado por el pacífico orden económico, que hallaba su fundamento en la igualdad de los derechos y en la solidaridad mútua de los hombres coaligados en la libertad.

Por la misma época había definido agudamente Miguel Bakunin el principio del federalismo político en su conocido discurso del Congreso de la Liga para la Paz y la Libertad (1867) *y había destacado su importancia en las relaciones pacíficas de los pueblos :*

" Todo Estado centralista, dijo Bakunin, por liberal que se quiera presentar, o no importa la forma republicana que lleve, es necesariamente un opresor, un explotador de las masas laboriosas del pueblo, en beneficio de las clases privilegiadas. Necesita un ejército para contener a esas masas en ciertos límites, y la existencia de ese poder armado le lleva a la guerra. Por eso concluyo que la paz internacional es imposible mientras no se haya aceptado el siguiente principio con todas sus consecuencias : Toda nación, débil o fuerte, pequeña o grande, toda provincia, toda comunidad tienen derecho absoluto a ser libres, autónomas, a vivir y administrarse según sus intereses y necesidades particulares, y en ese derecho todas las comunidades, todas las naciones son solidarias en tal grado, que no se puede lesionar a una sin poner simultáneamente en peligro a todas las demás. "

La insurrección de la Comuna de París dió a las ideas de la autonomía local y del federalismo un impulso poderoso en las filas de la Internacional. En la medida en que París se prescindió de sus atributos centrales sobre todas las otras Comunas de Francia, la Comuna se convirtió para los socialistas de los países latinos en el punto de partida de un nuevo movimiento, que opuso la Federación comunal al principio central unitario del Estado. La Comuna se convirtió para ellos en la unidad política del futuro, en la base de una nueva cultura social, que se desarrolla orgánicamente de abajo arriba y no es impuesta automáticamente a los seres humanos de arriba abajo por un poder centralista. Así apareció, como modalidad social del futuro, una nueva noción de la organización social. Esta debía garantizar el más vasto espacio de juego al impulso propio de las personas

y de los grupos, viviendo y actuando simultáneamente en cada miembro de la asociación el espíritu de la comunidad y el interés solidario por el bienestar de todos. Se reconoce claramente que los portavoces de esa idea habían tenido presentes las palabras de Proudhon :

" La personalidad es para mí el criterio del orden social. Cuanto más libre, más independiente, más emprendedora es la personalidad en la sociedad, tanto mejor para la sociedad. "

Mientras la tendencia autoritaria de la Internacional continuaba sosteniendo la necesidad del Estado y afianzando el centralismo, para las Secciones libertarias no era el federalismo sólo un ideal político del futuro ; les servía también como base en sus propias aspiraciones orgánicas ; según su concepto, la Internacional — en tanto que posible en las condiciones existentes — debía dar al mundo ya una visión de una sociedad libre. Fué precisamente esa manera de pensar la que condujo a aquellas disputas internas entre centralistas y federalistas, a consecuencia de las cuales había de sucumbir la Internacional.

El intento del Consejo general de Londres, que estaba bajo la influencia directa de Marx y Engels, de aumentar sus atribuciones y de poner la asociación internacional del proletariado al servicio de la política parlamentaria de determinados partidos, debía chocar con la resistencia más firme de las federaciones y secciones de tendencia libertaria, que continuaban fieles a los viejos postulados de la Internacional. Así se operó la gran escisión en el movimiento obrero socialista, que hasta hoy no pudo ser superada, pues en esa disputa se trataba de contradicciones internas de importancia fundamental, cuyo

término no sólo debia tener consecuencias decisivas para el desenvolvimiento ulterior del movimiento obrero, sino para la idea misma del socialismo. La desdichada guerra de 1870-71 *y la reacción que se inició en los paises latinos después de la caida de la Comuna de París, y de los acontecimientos revolucionarios de España y de Italia, reacción que malogró por medio de leyes de excepción y de brutales persecuciones toda actividad política, y que obligó a la Internacional a buscar refugio en las relaciones clandestinas, han favorecido la novísima evolución del movimiento obrero europeo.*

El 20 *de julio de* 1870 *escribió Karl Marx a F. Friedrich Engels las palabras que siguen, tan características de su persona y su tendencia espiritual :*

" Los franceses necesitan palos. Si vencen los prusianos, la centralización del State power *(poder del Estado) resulta beneficiosa para la centralización de la clase obrera alemana. La supremacia alemana trasladará el centro de gravedad del movimiento obrero de la Europa occidental, de Francia, a Alemania ; y sólo hay que comparar el movimiento desde* 1866 *hasta hoy en ambos países para ver que la clase obrera alemana es teórica y orgánicamente superior a la francesa. Su supremacía en el escenario mundial sobre la francesa seria simultáneamente la supremacia de nuestra teoria sobre la de Proudhon, etcétera. "* (1).

Marx tenía razón. La victoria de Alemania sobre Francia significaba en realidad un cambio en la historia del movimiento obrero europeo. El socialismo libertario de la Internacional fué relegado a causa

---

(1) Der Briefwechsel zwischen Marx und Engels ; con IV. Stuttgart, 1913.

de la nueva situación creada, y hubo de ceder el puesto a las concepciones antiliberales del marxismo. La capacidad viviente, creadora, ilimitada, de las aspiraciones socialistas fué sustituída por un doctrinarismo unilateral, que se dió presuntuosamente el aire de nueva ciencia, pero en realidad sólo se apoyaba en un fatalismo histórico que conducía a los peores sofismas, lo que había de sofocar poco a poco todo pensamiento verdaderamente socialista. Marx había escrito en su juventud estas palabras : " Los filósofos han interpretado diversamente el mundo ".

Con las ideas se modificaron también los métodos del movimiento obrero. En lugar de los grupos de ideas socialistas y de las organizaciones económicas de lucha en el viejo sentido, en que los hombres de la Internacional habían visto las células de la sociedad futura y los órganos naturales de la nueva sociedad y de la administración de la producción, aparecieron los actuales partidos obreros y la actuación parlamentaria de las masas laboriosas. La vieja teoría socialista, que hablaba de la conquista de las fábricas y de la tierra, fué cada vez más olvidada ; en su lugar se habló sólo de la conquista del poder político, y se entró así completamente en el cauce de la sociedad capitalista.

Mientras, los partidos obreros de reciente creación consagraban toda su actividad, poco a poco, a la acción parlamentaria de los trabajadores y a la conquista del poder político como supuesta condición previa para la realización del socialismo, dieron vida, en el curso del tiempo, a una nueva ideología, que se diferenciaba esencialmente de las corrientes de pensamiento de la primera internacional. El parlamentarismo que, en ese nuevo movimiento, desempeñó un papel dominante, sedujo a una cantidad de elemen-

tos burgueses y de intelectuales sedientos de carrera hacia los partidos socialistas, con lo cual fué más favorecido aún el cambio espiritual. Así apareció, en lugar del socialismo de la vieja internacional, una especie de sucedáneo que sólo tenía de común el nombre con aquél. De esa manera perdió el socialismo cada vez más el carácter de un nuevo ideal de cultura, para el cual las fronteras artificiales de los Estados no tenían valor alguno. En la cabeza de los jefes de esa nueva tendencia se confundieron las exigencias del Estado nacional con las necesidades espirituales de su partido, hasta que, poco a poco, no fueron ya capaces de percibir una línea divisoria entre ellas, y se habituaron a considerar el mundo y las cosas a través de los anteojos del Estado nacional. Por eso era inevitable que los modernos partidos obreros se integraran poco a poco en el aparato del Estado nacional, contribuyendo en gran parte a devolver al Estado el equilibrio interno que había perdido ya.

Sería falso querer apreciar esa rara actitud ideológica simplemente como mera traición consciente, según se ha hecho a menudo. En verdad se trata aquí de una fusión lenta en el mundo de ideas del Estado burgués, condicionada por la actuación práctica de los partidos obreros, actuación que tenía que pesar necesariamente en la conducta espiritual de sus portavoces. Los mismos partidos que salieron un día a conquistar el poder político bajo la bandera del socialismo, se vieron cada vez más constreñidos por la lógica férrea de las circunstancias a entregar trozo a trozo su antiguo socialismo a la política burguesa. La parte más inteligente de sus adeptos reconoció el peligro y se agotó en una oposición infecunda contra los alineamientos tácticos de par-

tido, oposición que tendía sólo contra determinadas excrecencias de sistema político del partido, pero no contra éste mismo. Así los partidos obreros socialistas — antes aún de que esto llegase a la conciencia de la gran mayoría de sus partidarios — se convirtieron en parachoques de la lucha entre el capital y el trabajo, en pararrayos políticos para la seguridad del orden social capitalista.

La posición de la mayoría de esos partidos durante la guerra de 1914-18, y especialmente después de la guerra, dice bastante para probar que nuestro juicio no es exagerado y que corresponde completamente a los hechos. En Alemania ese desarrollo ha tenido un curso trágico, cuyo alcance todavía no se puede prever. El movimiento socialista de ese país se había estancado espiritualmente por completo en los largos años de rutina parlamentaria, y no era capaz de ninguna acción creadora. Esta es la razón por la cual la revolución alemana fué tan aterradoramente pobre en ideas. La vieja frase : " El que come con el Papa muere ", se había verificado también en el movimiento socialista. Había comido tanto del Estado, que su fuerza vital quedó agotada y no pudo volver a realizar cosa alguna de importancia.

El socialismo sólo podía afirmar su papel como ideal cultural del futuro, dedicando toda su actividad a suprimir, a la vez que el monopolio de la propiedad, toda forma de dominación del hombre por el hombre. No era la conquista, sino la supresión del poder en la vida social, lo que había de constituir su gran objetivo. Objetivo que no debía abandonar nunca, si no quería suprimirse a sí mismo. El que cree poder suplantar la libertad de la personalidad por la igualdad de las necesidades, no ha comprendido en

modo alguno la esencia del socialismo. La igualdad de las condiciones económicas es sólo una condición necesaria previa de la libertad del hombre, pero no un sucedáneo de ésta. El que peca contra la libertad, peca contra el espíritu del socialismo. Socialismo equivale a cooperación solidaria de los seres humanos sobre la base de una finalidad común y de los mismos derechos para todos.

Toda verdadera actividad socialista tiene, por tanto, que estar inspirada, en lo más chico como en lo más grande, por el objetivo de contrarrestar el monopolio en todos los dominios, y especialmente en la economía, y de ensanchar y asegurar con todas las fuerzas a su disposición la suma libertad personal en los cuadros de la asociación social. Toda actuación práctica que lleve a otros resultados es errónea e intolerable para los verdaderos socialistas. En ese sentido hay que juzgar también la hueca fraseología sobre la " dictadura del proletariado " como etapa de transición del capitalismo al socialismo. Esas " transiciones " no las conoce la historia. Hay simplemente formas más primitivas y formas más complicadas en las diversas fases del desenvolvimiento social. Todo nuevo orden social es naturalmente imperfecto en sus formas originarias de expresión ; pero, no obstante, todas las posibilidades ulteriores de desarrollo deben existir en sus nuevas instituciones, como en el embrión la criatura entera. Todo ensayo de integrar en un nuevo orden de cosas elementos esenciales del viejo sistema, superado en sí mismo, ha conducido siempre a los mismos resultados negativos : o bien fueron frustrados tales ensayos por el vigor juvenil de la nueva creación, o bien los delicados gérmenes y los rudimentos de lo nuevo fueron reprimidos tan fuertemente y tan obstacu-

lizados en su desenvolvimiento natural por las formas tomadas del pasado, que, poco a poco, quedaron sofocados y hubieron de languidecer en su capacidad vital.

Cuando un Lenin — lo mismo que Mussolini — se atrevió a proclamar que " la libertad es un prejuicio burgués ", no demostró sino que su espíritu no supo elevarse hasta el socialismo, y quedó estancado en el viejo círculo del jacobinismo. Es un absurdo hablar de un socialismo libertario y de un socialismo autoritario : ¡ el socialismo será libre, o no será socialismo !

Las dos grandes corrientes políticas de ideas del liberalismo y de la democracia tuvieron una fuerte influencia en el desarrollo interno del movimiento socialista. La democracia, con sus principios estatistas y su aspiración a someter al individuo a los mandamientos de una imaginaria « voluntad general », tenía que pesar en un movimiento como el socialismo tanto más funestamente cuanto que infundió a éste el pensamiento de entregar al Estado, además de los dominios en que hoy impera, también el dominio inmenso de la economía, atribuyéndosele así un poder que nunca había tenido antes. *Hoy se advierte cada vez con más claridad — las experiencias en Rusia lo han confirmado — que esas aspiraciones no pueden culminar nunca y en ninguna parte en el socialismo, sino que llevan ineludiblemente a su grotesca caricatura: el capitalismo de Estado.*

Por otra parte, el socialismo fecundado por el liberalismo llevó lógicamente a las directivas ideológicas de Godwin, Proudhon, Bakunin y sus sucesores. El pensamiento de restringir a un mínimo el campo de acción del Estado implicaba ya otro pen-

samiento todavía más amplio : el de superar el Estado totalmente y extirpar de la sociedad humana la " ambición de poder ". Si el socialismo democrático ha contribuído muchísimo a reafirmar la creencia vacilante en el Estado y tenía que llegar, en su desenvolvimiento, teóricamente, al capitalismo de Estado, el socialismo inspirado por el mundo liberal condujo en línea recta a la idea del anarquismo, es decir, a la representación de un estado social en que el hombre no esté sometido a la tutela de un poder superior, sino que regule todas las relaciones entre él y sus semejantes por el acuerdo mutuo.

El liberalismo no podía alcanzar esa fase de un determinado desarrollo de ideas porque había tenido muy poco en cuenta el aspecto económico del problema. Solamente sobre la base del trabajo cooperativo y de la comunidad de todas las exigencias sociales es posible la verdadera libertad, pues no hay libertad del individuo sin justicia para todos. También la libertad personal arraiga en la conciencia social del ser humano y recibe así su verdadero sentido. La idea del anarquismo es la síntesis del liberalismo : Liberación de la economía, de todas las ligaduras de la política ; liberación de la cultura, de todas las influencias político-dominadoras ; liberación del hombre por la asociación solidaria con sus semejantes. O como dijo Proudhon :

" Desde el punto de vista social, libertad y solidaridad son expresiones distintas del mismo concepto. En tanto que la libertad de cada uno no encuentra barreras en la libertad de los otros, como dice la Declaración de los derechos del hombre de 1793, sino un apoyo, el hombre más libre es aquel que tiene las mayores relaciones con sus semejantes. "

LA CRISIS
DEL SOCIALISMO

I

FIN DEL SISTEMA BURGUÉS

EL sistema capitalista — o burgués, para hablar con mayor exactitud — está en crisis terminal y en progresiva liquidación ; en algunos países ha pasado a la historia, y en otros está haciendo la maleta para emprender tal jornada ; la segunda mitad del siglo XX le dirá adiós para siempre, por lo menos allí donde, cualquiera que sea el desarrollo industrial, el estatal se encuentre muy avanzado. La desaparición del sistema burgués está determinada, a la larga, por la evolución constante de la técnica. Como la Historia se ha obstinado en estudiar la vida del Estado en vez de la vida de la sociedad, y ha puesto más atención en dogmas y teorías que en hechos y realidades, cuesta admitir que, a lo largo del desenvolvimiento humano, no ha habido factor más liberador, ni motor más poderoso de la evolución constante y de las periódicas revoluciones, que el trabajo. Los productos de éste, sus alteraciones de la realidad social, su poderosa influencia sobre la vida de relación, su cambio del medio ambiente y de la mentalidad de la gente que en ese medio habita, fué lo que de-

terminó la extinción del feudalismo y el establecimiento de la burguesía como clase descollante y capaz de imponer un nuevo tipo de organización económico-política a la sociedad. Pero el motor del trabajo no se paró ; continuó funcionando, y mejor que antes : la burguesía le aceleró el ritmo, en su afán de obtener de él los máximos beneficios en el tiempo mínimo ; y así ; durante los dos últimos siglos, el progreso técnico ha sido tal, tan formidable y asoladora la revolución industrial, tan intensas las alteraciones que en la realidad social viva ha producido el trabajo a pesar de estar sometido a la burguesía mediante el régimen del salario, que ahora nos es preciso modificar todo el sistema político de la sociedad, para regir ésta según demanda el profundo cambio operado en ella, del cual proviene por infinitos canales más o menos perceptibles la nueva ideología que en todas partes se manifiesta. La libertad de empresa, única libertad a que la burguesía ha sido fiel durante toda su era, conduce al monopolio, que niega todas las libertades ; la libre competencia acaba en los mercados cerrados, tan semejantes a los cotos de caza de otras épocas, y la libre puesta en práctica de los principios que en su tiempo levantó la burguesía contra el feudalismo, da, fatalmente, lugar al quebrantamiento y al exterminio del régimen burgués; da por resultado práctico el fin de la burguesía.

Mas, por desgracia, ninguna clase privilegiada se ha resignado a perder sus privilegios y, con ellos, su alto rango social. La burguesía no parece dispuesta a dar una excepción a esa regla, ni aun siquiera aquí, en la Gran Bretaña. No es culpa de los revolucionarios, sino de los conservadores obstinados en mantener regímenes políticos dentro de

los cuales revienta por falta de expansión fácil la realidad social, el hecho de que los grandes cambios de organización sólo pueden ser logrados mediante la violencia de las revoluciones. O de las guerras, porque toda revolución moderna implica una asoladora guerra civil, y toda guerra, en nuestro siglo, lleva en su seno la revolución. Si la primera Guerra Mundial fué principalmente — no exclusivamente — una horrorosa manifestación armada de la competencia capitalista, la segunda no ha sido eso tan sólo, sino también — entre Alemania y las Potencias occidentales — el primer gran conflicto entre el capitalismo « nacional-socialista » y el privado, y — entre Alemania y Rusia — el primer gran choque imperialista de dos Potencias basadas en semejante capitalismo estatal. En la pugna entre iguales, en el conficto de competencia entre el nazismo y el bolchevismo, este último ha vencido. Pero es muy necio quien cree que las Potencias occidentales, por el mero hecho de derrotar a Alemania, ganaron la guerra en toda su integridad. Como en ésta había más que lo que era posible percibir al primer golpe de vista, conveniente será la precaución de no atreverse a decir que la guerra fué ganada por quien obtuvo la victoria militar. A pesar de ésta, o quizá por su virtud, lo que resulta ya claro en casi toda la Europa continental es que, a fin de librar su guerra contra el fascismo, y de hacer frente a las consecuencias que tal guerra ha producido, las democracias capitalistas han recurrido y recurren — más cada día — a procedimientos políticos característicos del fascismo, según había profetizado ya hace unos años Aldous Huxley en su « Ends and Means », y han venido anunciando durante décadas los « utopistas » del anar-

quismo. Hitler, sí, perdió la guerra, pero está ganando la revolución — una revolución... « sui géneris », desde luego —.

El caso no es nuevo ; repite el napoleónico. Toda la Europa predominantemente feudal se alió para apagar la devoradora hoguera de la Revolución francesa. Se estableció en Francia el régimen político burgués reclamado ya — como alteración menor — por el cambio efectuado durante siglos en la realidad social de buena parte del Continente, y estalló una guerra de significación un tanto semejante a la más reciente : en aquella guerra había — entre Francia y las potencias continentales — el último conflicto entre los restos del feudalismo monárquico y las primeras fuerzas estatales de la burguesía, y — entre la Gran Bretaña y Francia — el primer choque de dos Potencias basadas en parecido régimen burgués. Y la Gran Bretaña no fué la primera en declararle la guerra a Francia, así como la U. R. S. S. tampoco fué la primera en declarársela a Alemania. Napoleón fué vencido en la guerra, y la burguesía británica, tras ganar la primera batalla de su competencia con la francesa, pudo dedicarse tranquilamente a desarrollar su capacidad técnica, su poderío industrial, su pujanza financiera, su vigor imperialista, eliminando a la vez sus propias reminiscencias feudales, que no eran pocas en país tan antiguo y tan moderno, tan tradicionalista y evolutivo, tan hecho por el « again » y el « anew » — el « otra vez » y el « de nuevo »—. Pero, aun vencido en la guerra, Napoleón triunfó como representante circunstancial de la revolución burguesa, que prestamente se extendió por toda Europa. La batalla del feudalismo monárquico contra la burguesía democrática — y Napoleón fué el re-

presentante de ésta aun cuando se revistió de atributos imperiales —, resultó inútil : la suerte estaba echada de antemano, decidida ya por la realidad social europea, que demandaba un nuevo régimen político. Cosa pareja ocurre ahora. Hitler ha sido el Napoleón destructor de la contemporánea « vieille Europe » y del moderno « ancien régime » ; pero un Napoleón de más « satánico » genio que el primero, de más poder « revolucionario ». En la presente edad histórica, no ha habido en Europa — incluida Rusia en ésta — terremoto político, económico, social y moral como el producido por Hitler, su partido y sus ejércitos desde 1939 a 1945 ; terremoto que no ha terminado aún.

Los nazis, de 1933 a la invasión de Polonia, hicieron en Alemania una revolución más intensa y honda que la hecha en Rusia durante el último cuarto de siglo. Su nacional-socialismo creó una Alemania verdaderamente nacional-socialista, siempre y cuando que se entienda por nación, como en todas partes entiende el vulgo — principalmente el culto —, no la sociedad nacional, sino el Estado que la rige. Gracias a esa falsa interpretación, se llama nacionalsocialismo o — « socialismo nacional », a la manera de Stalin — a lo que no es socialismo ni nacional : a un capitalismo de Estado, institucional y corporativo, mediante el cual, y en nombre de la nación, el Estado añade el monopolio económico absoluto al absoluto monopolio político, con lo que viene a ser dueño de todo y señor de todos ; sucede a la burguesía como clase privilegiada, destruye el sistema de explotación propio de ésta — competencia libre — para establecer el suyo, hace del país un feudo o coto cerrado — en vez de un mercado más o menos abierto — y ocupa

el sitio del mercader como nuevo señor de horca y cuchillo, dueño de vidas, honras y haciendas. Bien cabe decir que, en 1939, los burgueses alemanes, en tanto que burgueses, vivían ya con permiso del enterrador ; no del enterrador proletario a que Marx se refirió al escribir hace casi un siglo el « Manifiesto Comunista », sino del enterrador estatal, que dejó al otro sin azada... Toda la economía alemana estaba bajo la espada de Damocles del decreto : la dirigía el Estado, el Estado fijaba de antemano la producción y los beneficios, el Estado cerraba o abría fábricas, daba o negaba permisos de empresa, establecía salarios e impuestos según su conveniencia, nombraba gerentes o interventores en los negocios y estaba controlando — a través de los Bancos, y desde los tiempos de la República — los resortes financieros que movían el engranaje industrial. El Estado era el amo, y los burgueses, en general, sus sumisos empleados. Los grandes capitalistas seguían en pie, pero no como magnates de la burguesía y campeones del régimen burgués, sino como capitanes de la economía estatal, como miembros del Estado y constructores « técnicos » de un nuevo sistema de explotación.

Al señor feudal, su fuerza de mesnaderos le daba dominio, y el dominio, vasallos y bienes ; al burgués, al capitán de industria, el capital le proporcionaba poder político, y éste, el uso de la « fuerza pública » a su exclusivo favor ; pero, en el neo-feudalismo fascista, la fuerza de la milicia de cualquier aventurero conquista el Poder en un momento de crisis, y el Poder da el dominio de la riqueza, de la hacienda pública, más su disfrute institucional. El Partido hitleriano, incorporándose al Estado alemán de que formaban parte los grandes capitalis-

tas, los jerarcas de las fuerzas militares, los dirigentes de la burocracia administrativa e — indirectamente — los latifundistas supervivientes de la época feudal, de la conquista del Poder pasó a la conquista de Alemania, donde acabó con el sistema burgués y acopló los burgueses — grandes y chicos — al nuevo sistema de economía estatal, completamente distinto del anterior y más tiránico que él. Conquistada Alemania, Hitler, como todos los conquistadores, cuya primera empresa imperialista es la conquista de su país, se vió con medios de conquistar otros, y se lanzó a hacerlo. El caso de Stalin es similar. Ya señaló Spengler la relación directa que siempre existe entre la tiranía y la guerra, entre el régimen político de tipo militar y el impulso militarista hacia el exterior, que es el propósito que se persigue de antemano al crear tal régimen, o — como en el caso de la Rusia soviética — la tendencia histórica y el resultado fatal del mismo.

Pero obsérvese que Hitler, a medida que fué conquistando Europa, repitió en cada país —corregida y aumentada sin escrúpulos ni frenos reaccionarios— la transformación efectuada en el suyo. A los judíos por judíos, a los polacos por tales, a los checos por serlo, y así sucesivamente, el Estado alemán expropió a la mayor parte de los burgueses de Europa —o, por lo menos, se apoderó de los principales recursos y resortes del capitalismo continental —, y sujetó a todos —burgueses y proletarios, políticos y eclesiásticos, intelectuales y analfabetos— a un sistema económico de Comandancia y racionamiento, anti-burgués y anti-proletario en igual medida, estrictamente estatal. El pretexto de la acción nos importa poco ahora ; la acción y sus consecuencias son las que importan. De esa acción da alguna

idea el hecho de que en Europa han sido desposeídos casi todos los judios, sobre ser asesinado un 70 por ciento de los mismos ; también la da el hecho de que el capital declarado de las empresas Goering —es decir : del Reich— sumase ya en 1940 más de cinco millones de marcos : y la da también el elocuente detalle de que en la Europa hitleriana el sistema de racionamiento tuvo un carácter *racial* : no a cada cual según su dinero, ni según su trabajo, ni según sus exigencias fisiológicas, sino según su supuesta raza, o su nacionalidad, o su grado « étnico » de ayuda al conquistador. Lo conquistado fué *estatizado,* no puesto en pública subasta para que lo comprasen los capitalistas alemanes como compraban los senadores romanos las presas de sus legiones.

El único país donde Alemania no cambió la estructura económica indígena fué Rusia : allí puso un nazi donde había un comunista, y un representante del Estado alemán donde había otro del Estado ruso ; a veces, ni eso siquiera, pues los mismos delegados stalinianos, bajo la adecuada supervisión, se convirtieron en delegados del otro compadre. El sistema económico político de un país coincidía exactamente con el que el otro estaba creando en toda la Europa continental, y en Rusia, por eso mismo, no fué preciso cambiar las normas de orden y explotación ; la conquista hitleriana cambió allí tan sólo los capataces y explotadores. Pero en todos los demás países, el sistema burgués fué substituído — en mayor o menor grado —por el capitalismo estatal del conquistador, y del Báltico al Mar Negro, de Brest a Narva, los agentes de la Gestapo, del Frente del Trabajo o de cualquier « Reichwerke » de Goering fueron más poderosos que los antiguos

magnates de la burguesía indígena. Quien crea que exageramos, puede consultar, por ejemplo, la documentada obra de Frank Munk « The Legacy of Nazism » —Macmillan, Nueva York, 1943—, a la que nos referimos con gratitud para decir lo siguiente : en las áreas polacas incorporadas al Reich estuvo en vigencia un decreto por virtud del cual quedaban incautadas las propiedades cuyos dueños fueran judíos, o hubieran huído — fácil era matarlos con armas conquistadoras—, o las hubieran adquirido después del primero de septiembre de 1939, o estuvieran enclavadas en territorio que fué alemán antes de 1914. Con arreglo a tal decreto, confiscaron los nazis en un año 230.000 empresas comerciales e industriales y 187.000 fincas rústicas y urbanas. La propiedad confiscada en Checoeslovaquia ascendía, al fin de 1940, a 600 millones de dólares. Y la no confiscada hallábase, en todas partes, sujeta al más absoluto control estatal y siempre en riesgo de confiscación. En resúmen : bajo la dominación nazi, todos los tributos del derecho de propiedad dependieron de licencias estatales, todo título de propiedad quedó a merced del Estado, toda propiedad privada fué sometida a los intereses del « nacional-socialismo » propagado por el Reich, resultando de ello una amplísima y profunda proletarización, tanto económica como mental, del Continente europeo en pleno. Lo que quiere decir que, al terminar la guerra, el sistema burgués estaba hecho añicos en Europa y la mentalidad europea se había habituado ya a situaciones y normas anti-burguesas.

Después de la guerra, el proceso de cambio ha continuado. Toda la Europa oriental ha quedado sometida a la férula soviética, y aunque en Finlandia,

Letonia, Estonia, Lituania, Polonia, Checoeslovaquia, Hungría, Bulgaria y Rumanía haya millares y aun millones de burgueses, éstos se hallan bajo el yugo del Estado vencedor, que, a más de ejercer sobre ellos los « derechos » que reporta la conquista, los somete a la influencia decisiva de sus características y a la presión de sus necesidades político-económicas. Así es que, por muchos burgueses que de momento haya allí, el sistema capitalista burgués está en suspenso o completamente desarticulado en aquellos países, donde se procede a sofocar los clamorosos restos del mismo tan aprisa como, por una parte, exigen las conveniencias soviéticas y, por otra, toleran las resistencias de la tradición histórica y de la presente situación internacional. Rusia no puede eliminar tales resistencias mediante un decreto, de golpe y porrazo ; pero se está preparando la posibilidad de hacerlo. En efecto ; ¿ cuál es la significación de su « cortina de hierro »? A nuestro entender, es ésta : no obstante sus gigantescas fuerzas represivas, el Estado ruso sólo puede prevalecer mediante un mito sobre el pueblo a que domina y explota, y ese mito es allí, el de la revolución social, el del comunismo, el de que, mientras más privilegios logra la clase gobernante, mientras más fuerte y parasitaria se hace la clase estatal, más cerca se está de la sociedad sin clases y sin Estado ; ese mito, por lo que afecta a más de un noventa por ciento de la población soviética, cuyo atraso cultural —como el de China o el de la India— es uno de los más pavorosos problemas de este siglo, redúcese a hacer creer que en la U.R.S.S. se vive mejor que en los países burgueses, y que en éstos hay menos libertades que en el imperio Stalín ; para privar a aquel pueblo de la posibilidad de establecer compa-

raciones por su cuenta entre uno y otros países, así como para impedir que los europeos occidentales le « corrompamos » con nuestra molice capitalista y nuestro « prejuicio burgués » de la libertad individual, ha sido menester cerrar herméticamente la Unión Soviética, aislarla del mundo exterior a ella ; y ahora, cuando el Estado ruso, bien porque Hitler le metió en la guerra, bien porque su propia naturaleza militar —más de diez millones de soldados en tiempo de paz— le llevaba a ella, ha conquistado una gran parte de Europa, varios países en los que —aun considerando la miseria remante en los Balcanes— se vivía mejor que en el paraíso proletario, donde algunos años se apeló al canibalismo y durante lustros se comió boñiga, he aquí que millones de soldados y burócratas, al entrar como conquistadores en esos países, corren al instante el riesgo de ser conquistados por la superior civilización occidental, una civilización con el gusano del robo en las entrañas, desde luego, pero mantenida por una cultura y una técnica más altas que las rusas, que aún se hallan trabadas por la pihuela de la barbarie ; y el Estado stalinista, para evitar que hasta sus mismos agentes sean víctimas de las tentaciones que los países burgueses conquistados les ofrecen, ha de proletarizarlos a toda prisa, ha de trasladar de ellos a Rusia sus medios y productos industriales, ha de destruir en ellos las menguadas libertades de la democracia capitalista y ha de darles un régimen económico-político conforme al patrón ruso, ajustado al sistema bolchevique ; pero, a fin de hacer la sovietización de los países conquistados, hay que aislar a ésos de los demás, tanto para impedir que los occidentales puedan oir el clamor de los orientales cuan-

to para evitar que éstos últimos encuentren en el contacto directo con los otros el cordón umbilical de la esperanza y la palanca de la resistencia. De ahí la « cortina de hierro » a través de Europa ; de ahí el muro tras el cual Rusia destruye o se prepara a destruir todo el sistema burgués, a petición de las mil y una circunstancias que aconsejan al Estado stalinista sovietizar las naciones conquistadas, que —de lo contrario— podrían determinar la destrucción del Estado conquistador.

Por añadidura, la paz actual es precaria ; tanto, que apenas es una tregua. Los ayer aliados, prepáranse hoy febrilmente para chocar como beligerantes. La civilización occidental se resiste a admitir que media Europa sea desgarrada de la otra media, y hace la demanda de que el Estado soviético renuncie a aislar los países que ha invadido ; pero para Stalin, renunciar a aislarlos es renunciar a la conquista de los mismos, ya que sin aislarlos no le conviene tenerlos. Y a esa renuncia no puede llegar porque, aunque quiera, se lo prohibe el orgullo militar del gran ejército con que los ha conquistado, del cual depende su régimen, su autocrático poder. Así es que, para tenerlos, necesita bolchevizarlos ; para bolchevizarlos, preciso le es aislarlos ; para aislarlos, ha de oponerse al sentimiento occidental de la unidad europea, de la secular relación continental, y en este sentimiento hacen hincapié las Potencias de Occidente para enfrentarse, como rivales, con el poderío ruso, tan subitáneo ahora, tan ingente en el futuro. Así es que, para Stalín y para la clase estatal de que es supremo representante, la suerte está echada, y aun pasado el Rubicón —léase el Danubio, léase el Oder — : sólo puede mantenerse mediante la destrucción del sistema burgués, y el

implacable desmantelamiento de sus bastiones económicos, militares, politicos e intelectuales, es una imperiosa necesidad para el Estado soviético, que forcejea por satisfacerla pronto. Lo ha logrado en Yugoeslavia, en parte de Austria, en la mitad de Alemania ; en Italia, en Grecia, en Francia, en los demás países occidentales, los agentes de Stalin no se duermen, y, pese a la repugnancia que a toda persona decente inspiran, preciso es advertir que, paso a paso, están conquistando los caballos de Troya del Poder en esta confusa Europa, que confía sus desninos a la línea Maginot del sufragio universal y a las necias oraciones que, de rodillas, le reza un día a Dios y otro al Estado.

Las democracias occidentales son las primeras culpables del progreso bolchevique. Estos Estados, como es natural en ellos, tienen la obsesión de evitar toda posibilidad revolucionaria, porque temen que cualquier revolución implique alguna de estas tres cosas : primera, pérdida de los intereses, las posiciones estratégicas, los países conquistados mediante la « liberación » ; segunda, establecimiento del bolchevismo, o del poder ruso, en esos países ; tercera, destrucción del Estado en ellos, y substitución del mismo por cualquier tipo de organización federalista y libertaria de las fuerzas productoras. A fin de evitar cualquiera de esas posibilidades, tan nefastas para los Estados representativos de las naciones occidentales, esos Estados ponen el mayor empeño en impedir que en Austria, en Alemania, en Italia, en Grecia, en España, en Portugal, el pueblo revolucionario llegue a ser dueño de sus destinos ; y así, en vez de dar aliento a las fuerzas más típicamente antifascistas y liberales, en vez de inclinarse hacia un proletariado y una clase intelectual

que aspiran a establecer la justicia social y a ganar las más amplias libertades, se apoyan en la socialdemocracia más endeble y corrompida, en la morralla del catolicismo, en los truchimanes representativos de las viejas clases privilegiadas, en todo el detritus que, si aún flota en el picado mar europeo, a ningún náufrago ofrece garantía alguna de salvación. Las democracias occidentales, más por principio estatal que por impulso burgués, están teniendo que reducir las pugnas políticas europeas al conflicto constante de dos extremos: el reaccionario de antaño, representado por el catolicismo fascista o semifascista, y el reaccionario —pero con máscara revolucionaria— de hogaño, representado principalmente por el Partido Comunista. Ambos extremos se tocan; pero la gente a quien al darle el voto no se le ha dado noción de las presentes realidades, ni sabe lo que se juega en el albur de una elección, se ve en el brete de escoger entre lo malo conocido y lo peor por conocer. Y, pese al consejo cobarde del refrán, como, precisamente porque no lo conocen, no saben que *lo peor* es peor que *lo malo conocido*, muchos son los que eligen aquello, poco menos que a ojos ciegas. De ahí el triunfo del stalinismo en Francia. De ahí tambien que, pese a su defensa del pacto nazi- soviético hasta la invasión de Rusia, en todos los países liberados de los nazis sea una fuerza política bastante considerable. Claro que a crear esa fuerza contribuyen, más directamente que la Gran Bretaña y los Estados Unidos, todos los pelafustanes de la política « antifascista » al uso, tan encanallados por el deseo y el hábito de vivir sin trabajar o de pintarla de personajes, que en el hecho de que los comunistas sean agentes de Stalin no hallan un obstáculo, sino un aliciente, y hasta una razón suprema

de *realismo político,* para colaborar con ellos.

Pero, yendo a lo que importa, hemos de decir que las Potencias occidentales, que, a poder, alzarían prestamente un dique burgués frente a la avalancha del bolchevismo, no sólo favorecen a éste cuando recurren a lo más reaccionario y desprestigiado que en Europa queda, sino que también privan a esos presuntos agentes suyos de la base económico-social indispensable para hacer la política que les piden. En efecto ; veamos qué hacen en Alemania. El único modo de restablecer allí el sistema burgués es restaurar el derecho de propiedad : no sólo el de la pequeña, sino asimismo el de la grande, ya que ésta rige a la otra. Pero como las Potencias occidentales *tienen que resarcirse de los gastos de guerra,* y ciertamente no pelearon en ella a fin de salvar a la burguesía alemana, arramblan con cuanto encuentran a mano, desmantelan las fábricas, monopolizan todo el transporte, se apoderan de las minas, declaran suyos el poder hidráulico y la energía eléctrica, requisan fincas rústicas y urbanas a porrillo, se incautan de los grandes capitales, « congelan » otros, fijan de antemano el rendimiento de los demás, barajan a su capricho la mano de obra, traen y llevan como quieren a los técnicos, no admiten en modo alguno la libertad de empresa ni reconocen a ningún alemán el derecho de acceso a sus bienes, el derecho de libérrima disposición de los mismos, con lo cual destruyen el derecho de propiedad mismo, sobre destruir la base económica burguesa. Y, aunque es cierto que algunos capitalistas de los países conquistadores están haciendo fortunas en Alemania, no lo es menos que las hacen o como miembros de su Estado o gracias a la licencia que ese Estado les da muy a la chita callando. De

cualquier modo, no es posible decir que los burgueses británicos, norteamericanos o franceses se están repartiendo los confites de Alemania ; son los Estados de esos tres países quienes estatalmente poseen y administran su respectiva parte alemana, y, además, como la esquilmada nación no halla manera de bastarse a sí misma, los contribuyentes franceses norteamericanos y británicos tienen qué pagar los gastos de las fuerzas de ocupación, del personal administrativo y buena parte de los que implica el mantenimiento de los alemanes que todavía no han muerto de hambre.

Si Hitler establecía un sistema económico totalitario por principio político y necesidad de guerra, sus vencedores, quieran o no, lo establecen por sentido de conquista y a fin de satisfacer la demanda de sus propios intereses en tiempo de paz. Le han copiado todo. Y ahora no estamos para excusas ; esos son los hechos, y no cuentan sus causas ; hoy cuenta su realidad, y mañana contarán sus consecuencias. A la economía estatal, totalitaria o fascista — el nombre no hace a la cosa — que los Aliados están estableciendo en Alemania tiene que corresponder, a la corta o a la larga, un régimen político parejo. Y, en gran parte, corresponde ya. Como, de añadidura, y aunque fuera posible suponer a Europa libre de guerras por un cuarto de siglo, parece incuestionable que Alemania ha de seguir ocupada « sine die » por las Potencias que la han vencido, ¿ qué harapo burgués dejarán en ella los Estados administradores de la ocupación ? Eso no depende sólo de la pugna entre Rusia y sus rivales ; depende también de lo que pase en los países vencedores. Y, ¿ qué pasa ? La guerra y sus consecuencias han desbaratado la corrompida estructura político-econó-

mica de la burguesía en Francia, donde jamás volverá a haber Parlamentos como el de 1939, que hoy nos parece tan lejano como el deshecho por el golpe de Estado de Luis Bonaparte en 1851. Los Daladier de esta hora son espectros del pasado ; no representan a nadie. La burguesía francesa, tanto la financiera cuanto la industrial, la mercantil y la agraria, de tal manera se encomendó a las espadas, que por ellas ha sido decapitada. Fuera o dentro del país, perdió con Napoleón, con los generales que la salvaron del 48 al 51, con los del 70, con los de 1940. El cretinismo decrépito de Petain, la carroña del régimen de Vichy, el encanallamiento de los Bonnet y los Flandin, la puerca insensibilidad que hizo posibles los campos de concentración en el Midi y en Africa, fueron síntomas claros de la descomposición de la sociedad burguesa en Francia. Ahí no queda otra cosa, del pasado democrático, que el Partido Socialista, integrado por los restos malolientes de la fuerza política que, desde Blanc a Millerand, desde Millerand a Blum, no ha hecho más que servir de bombero a la burguesía en todos los incendios. Los burgueses que se han salvado del último, vuelven los ojos a De Gaulle o al Movimiento Republicano Popular ; pero éstos no serán nunca representantes burgueses ; uno y otro representan — principalmente De Gaulle — a la nueva clase privilegiada, a ese Estado francés que, pese a haber sido descuajaringado por la invasión nazi, al año de acabar la guerra se había rehecho de tal modo, que su burocracia era casi el doble que en 1939. Es la dirección de la creciente clase estatal lo que se disputan De Gaulle y el M. R. P. con Thorez y sus agentes de Moscú. La burguesía está muerta para todos ellos.

¿ Y qué decir de la Gran Bretaña ? La llamada « nacionalización » del Banco de Inglaterra, de las minas, de los grandes medios de transporte, de las principales industrias, va adelante, y nada dice a favor de la supervivencia burguesa el hecho de que el Gobierno otorgue indemnización a los capitalistas expropiados. Eso sólo significa que el individualismo burgués, el espíritu de « sálvese el que pueda », está dispuesto a dejarse sobornar por quienes destruyen el predominio de toda la burguesía. Buen in dicio de cómo están las cosas es el hecho de que los conservadores, por boca del mismo Churchill, sólo se atreven a ofrecer, como contrapartida de la « socialización », la complicidad capitalista en ella; pues complicidad, y no otra cosa, significa la oferta conservadora de que la industria sea regida conjuntamente por el capital, el trabajo y el Estado ; es decir : que el patrono, sus obreros y los delegados directos del Gobierno dirijan toda empresa como tres buenos compadres y se repartan las ganancias de la misma. De aquí a unos cuatro años, la liquidación de los derechos de propiedad sobre los medios de producción habrá progresado tanto en la Gran Bretaña, que quienes entonces ganen las elecciones, sean los laboristas, sean los conservadores, no podrán hacer otra cosa que seguir desarrollándola. Los más sagaces capitalistas se están acoplando ya, como agentes del Estado « socialista », a la nueva estructura económica del país ; y al hacerlo, suelen recibir un sueldo mayor y más seguro que la suma de las ganancias que sus negocios les daban antes. Sólo queda un emporio capitalista : los Estados Unidos. Pero el ex-trotskista Burnham, al escribir hace unos años su famoso libro « The managerial revolution », tenía ante sí datos que le forzaban a de

cir que la América del « New Deal » había avanzado tanto hacia el totalitarismo estatal, así en su economía como en su política *prácticas*, que era la tercera Potencia « de los *managers* », el tercer Estado totalitario, siendo los primeros Rusia y Alemania. El hecho de que los demócratas norteamericanos hayan perdido las elecciones este año no implica que las tendencias estatales del « New Deal » quedarán eliminadas. Los republicanos, por mucho que reduzcan al principio los controles que frenaban la libertad industrial, mercantil y financiera, no se opondrán en modo alguno al carácter centralizador de una gran técnica regida por muy pocos, pero inmensos, consorcios bancarios ; ni tampoco dejarán de acrecentar el poder económico del Estado mismo, que, dentro del país, en 1940 era ya superior al de todos los capitalistas juntos. No era el « New Deal » un plan revolucionario, sino, al revés, un programa conservador, contra-revolucionario, tendente a rechazar los ataques que lanzaban contra la estruc tura burguesa los monstruos del gran capital monopolista y los que más adelante pudiera lanzar contra la misma un ejército de quince o veinte millones de obreros sin trabajo, a los que bien podrían unirse casi otros tantos millones de granjeros arruinados por la creciente erosión de las tierras mineralizadas, por la dictadura de las empresas de envase y transporte, por la asoladora langosta de la hipoteca. Siendo ese el fin del «New Deal», los republicanos mantendrán tal plan. En América se sabe. La misma víspera de las elecciones, representábase en Broadway una comedia, en la que una señora hablaba de la gran diferencia « que hay » entre republicanos y demócratas. Y otro personaje, un ducho político republicano, le respondía con sorna :

'—En verdad, la diferencia es enorme : ellos van en el machito, y nosotros a pie...

Cambiénse ahora las tornas, y la comedia podrá seguir. No solamente la del teatro de Broadway, sino también la del Congreso estadounidense. Los electores cada vez eligen menos. La democracia cada día es menos representativa. Los Partidos políticos, llámense como quieran, son víctimas de la creciente concentración de capitales y de poderes « públicos », y acaso son más a *mangar,* pero menos a disponer. Al crecer la expropiación por toda la sociedad, habrá en ésta grandes diferencias de sueldo, pero pocas de condición respecto al control de los medios de producción, distribución, cambio y mando. La falta de éstas da al traste con los Partidos. Al aparecer la clase estatal con prodominio sobre la burguesa, en el juego político sólo pueden participar —y no por mucho tiempo— dos Partidos : el Republicano y el Demócrata en los Estados Unidos, el Laborista y el Conservador en la Gran Bretaña, el Comunista y el M. R. P. en Francia. La lucha política se ha polarizado, y sus dos extremos anuncian los dos frentes de la guerra civil por la conquista del Poder. Pero el Poder no es un mando solamente, no es un resorte gubernamental tan sólo ; en realidad, es una clase. Es el Estado cuya burocracia se ha duplicado en Francia, en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos de 1939 a 1946 ; es el Estado que en todos estos países hace depender absolutamente a la propiedad de la autoridad ; es el Estado provisto de millones de soldados, de espeluznantes medios de guerra, de independencia efectiva respecto a la sociedad, que nada puede decidir mediante el sufragio, y respecto al Parlamento, que sólo puede servir de tapadera y de máscara de la to-

dapoderosa clase gobernante. Cuando se llega a esta situación, los Partidos políticos no se disputan la conquista del Poder como instrumento de dominio, sino la incorporación al Estado como clase dominante. Y, a trancas o a barrancas, la pugna de esos Partidos extremistas, ya se libre en la cancha parlamentaria, ya en el campo de combate de la guerra civil, será dirimida por el Estado mismo, que en todas partes espera la ocasión de revelarse y rebelarse como heredero exclusivo de la burguesía, a la que él mismo, tras servirla tan bien durante siglos, le da el tochazo final.

II

SUBLEVACION DEL ESTADO

BAJO toda la ingente transición económico-política de que hemos venido hablando, y haciéndola posible, hay los siguientes factores principales : primero, el formidable desarrollo técnico de estas últimas décadas, que hace interdependientes, dentro y fuera del área nacional, a los más diversos procesos económicos, transforma los principales bienes privados en servicios públicos y, como, no obstante, la sociedad trabajadora no adquiere el control de esos servicios, ni el de todos los medios de producción, cambio y consumo, los va convirtiendo en medios políticos, en órganos de mando, en instrumentos de poder ; segundo, la concentración económico-política determinada por el desarrollo técnico bajo el sistema burgués, ha hecho crecer al Estado de tal modo — como fuerza represiva, institución administrativa y aparato de defensa nacional o de conquista —, que lo ha convertido en director y propulsor de todo cambio social, de todo el vasto proceso mediante el cual se está convirtiendo en única clase privilegiada, provista de riquezas y de mando, así

como también de organización capaz de multiplicar la efectividad de sus propias fuerzas ; tercero, la estupidez con que generalmente se acepta el mito de que el Estado representa a la nación, o es la expresión de la historia, del destino, del poder, de la justicia de un pueblo ; cuarto, el error de suponer, principalmente por parte del proletariado, que el Estado es simplemente el instrumento de que se vale una clase para oprimir, reprimir o aniquilar a otra ; error que, duplicado por la ilusión de que el Parlamento y el Consejo de Ministros son instituciones mediante las cuales puede el pueblo elector controlar y dirigir toda la acción del Estado, aconseja a la clase trabajadora aumentar los poderes estatales sobre la sociedad siempre que en unas elecciones — o mediante una insurrección — los políticos obreros « conquistan el Poder ». De todos esos factores, los más peligrosos son los dos últimos, que de continuo dan a los otros el visto bueno. Y esos dos, que constituyen conjuntamente una tremenda superstición, son los que — como es posible — hay que empezar por eliminar.

El sistema burgués, pese a que su descomposición está ya tan avanzada, no desaparecerá sino a la fuerza. La sociedad ha empezado a expulsarlo de su seno, y el desahucio seguirá hasta ser completo. Durante más de cien años de incesante propaganda socialista, ¿cuántas veces no han sido señaladas las contradiciones y deficiencias del capitalismo, sus incompatibilidades siempre crecientes con la sociedad en sí? Anunciado está que si ésta no acaba con el sistema capitalista, éste acabará con ella. Un impulso de auto-defensa, un instinto de conservación, un vasto complejo de necesidades vitales, actuando sobre la sociedad con mayor fuerza a medida que

el capitalismo se hace más peligroso y anti-social, la determina a prescindir de él, a eliminarlo. Pero la superstición antes mencionada da lugar a que, cuando se cree estar destruyendo el sistema capitalista, no se haga sino pasar de un sistema capitalista a otro, que indudablemente será peor, porque su estructura será más firme y sus poderes estarán más concentrados. La misión de la clase trabajadora es, sin embargo, acelerar el proceso de destrucción del primer sistema. La tarea a que estamos acostumbrados, esa de crear dificultades continuas al régimen burgués, de librar sobre todos los terrenos la lucha a muerte con la burguesía, debe seguir adelante, sin interrupción alguna y con más brío que nunca. Porque en tanto que no la libre directamente la clase trabajadora, la librará el Estado, y no a favor de la sociedad en pleno, sino tan sólo en provecho propio. Hay que evitar que lo arrebatado a la burguesía, lo perdido por ésta, vaya a manos del Estado. Y, a fin de conseguir eso, cabe decir, que aun siendo tan importante la lucha contra el burgués, la lucha contra el Estado lo es más aún. Cabe aniquilar a la burguesía sin herir al Estado, y, por el contrario, la destrucción del Estado supone la destrucción de toda la clase privilegiada, la extinción de la sociedad de clases. Hace cien años, cincuenta, y aun veinticinco, el Estado servía en todas partes a varias clases privilegiadas, y todo ataque a él era un ataque a tales clases ; pero a medida que el Estado, en estos últimos tiempos, se ha ido independizando de aquellas clases, y creciendo en todo a costa de ellas, se ha aislado también, y cada día es menor el contingente social que se siente herido cuando se ataca al Estado. Poco a poco en unos sitios —como en los Estados Unidos o la Gran Breta-

ña—, rápidamente en otros — como Rusia o la Alemania hitleriana —, la proletarización social continúa, determinada por el proceso de estatización, y a medida que eso ocurre, menos sectores sociales disponen del Estado, más son los que se identifican y se oponen a él. Si hace un cuarto de siglo era tan sólo el proletariado el que se enfrentaba con el sistema burgués, más y más amplio es de día en día el sector social que se opone al régimen estatal totalitario, y se va tendiendo hacia una situación en que se planteará en la calle, en el campo de batalla, el dilema anarquista de o la sociedad o el Estado, pues toda aquélla ha de ser incompatible con éste, que intentará esclavizarla por completo.

Va a ser la sociedad en general, y no sólo el proletariado, quien diga pronto : ¡Basta! Pero, antes de decírselo al Estado, es una gran parte de la sociedad, una parte mucho mayor que la de hace medio siglo, la que se lo dice hoy sólo al régimen burgués. Este detalle es de importancia primordial, y nos basamos en él para afirmar que la crisis terminal del capitalismo de viejo cuño se está convirtiendo en crisis del socialismo ; afirmación un tanto confusa, que debemos aclarar, si bien a trueque de repetirnos. Nótese que en su crítica del sistema burgués, como en la profecía de su extinción, el socialismo dió en el clavo, como muchos hechos prueban y otros tantos habrán de confirmar. Y en eso, que aparece como cierto, el socialismo es uno, como es uno al señalar que su propio fin último es la sociedad sin clases ni autoridad, ya que todas sus tendencias, escuelas y teorías coinciden sobre iguales conclusiones de propósito. Pero el socialismo se bifurca — al menos — al señalar cómo se ha de producir la desaparición del sistema capitalista y cómo se ha

de establecer el socialista. Según las escuelas más o menos fieles a la superstición del Estado, a casi todas las cuales se la dió Marx doradita, atractiva, fácil de tragar, el Estado, como un prestidigitador de más magia que trucos, de más poderes que engaños, se encargará de pasarnos de la sociedad sin clases, capitalista, a la sociedad sin ellas, socialista ; y el paso será fatal, inevitable : un mero fenómeno del determinismo histórico. Hay otras escuelas socialistas que ni han creído ni creen — ¡ hoy, menos que nunca ! — en tal prestidigitación; son las que estudian las realidades sociales a la luz del anarquismo, bajo el espléndido sol de la libertad. Para los anarquistas, la revolución liberadora de los hombres no es cuestión de Estado, sino empresa antiestatal, que a la sociedad incumbe. Sea prestidigitador, sea mágica varita, el Estado es la antítesis de tal revolución, y mientras a él se recurra, mientras exista, no habrá modo de pasar del sistema capitalista al socialista, de la sociedad de clases a la sociedad sin ellas. Todo esto es sabido, y asimismo lo es que unas y otras escuelas se han hallado en polémica incesante desde el día en que surgieron. Por mil razones y sinrazones que ahora no vienen a cuento, la disparidad de tácticas de esas dos escuelas dividió el movimiento socialista, y algún tiempo después de producirse tal división, la mayoría del proletariado militante se mostró partidaria del marxismo — ya crudo y al natural, ya pasado por agua —. Y aunque Millerand escandalizó a todo trabajador revolucionario cuando empezó a representar al socialismo marxista en un Gobierno burgués, donde estrechó manos enrojecidas de sangre obrera — cosa que más tarde ha sido portento de cada día, al que todos nos hemos acostumbrado —, la polé-

mica acerca de las tácticas socialistas se ha mantenido en un terreno especulativo y teórico hasta que no se ha contado con experiencia tan importante como la de la llamada revolución bolchevique, cuyos resultados, conocidos ya hasta en el limbo de los tontos, no hacen más que anunciar los que puede dar de sí el crecimiento del Estado en casi todos los países. Esa experiencia tercia en la vieja polémica, y, de cara al marxismo, se permite decir con voz segura : El paso del sistema burgués al socialista es posible, pero no fatal, ni espontáneo, sino cuestión de voluntad revolucionaria ; y quien quiera dar tal paso de la mano del Estado, sea éste « burgués », sea « proletario », pasará, quiera que no, del capitalismo privado al estatal, que implica una nueva sociedad de clases, seguramente peor que la dominada por la burguesía.

La experiencia no niega los principios del socialismo, ni los fines últimos de todo movimiento socialista, ni las circunstancias con que la técnica moderna facilita la consecución de lo mismos, pero sí los medios o tácticas que el marxismo ha propugnado y aún practican los marxistas. En pugna con todas las realidades, esas tácticas tienen que ser desechadas por los trabajadores, como el sistema capitalista lo es por la sociedad. Ahora bien ; como, por desgracia, más del ochenta por ciento del movimiento socialista internacional es marxista puro o adulterado, es forzoso hablar, aunque no sea con completa exactitud, de crisis del socialismo. Esta crisis tiene ya, en nuestra opinión, unas proporciones muy considerables, y a ella se ha llegado así : para empezar, se consideró que no había más socialismo que el marxista, junto al cual, que alardeó de científico, el anarquista pasó por despreciable uto-

pismo ; del socialismo marxista, luego, se olvidaron los principios y los fines, que en gran parte eran también los del anarquismo, para dar a sus tácticas importancia suprema y esperar de ellas — o del Estado, a que apelan — la sociedad socialista ; finalmente, cuando el Estado — « burgués » o « proletario » —, con la democracia o la dictadura, lenta o rápidamente, ya por acuerdos parlamentarios, ya por decreto o a tiros, expropia a los capitalistas en mayor o menor grado y crea su peculiar capitalismo, se incurre en la confusión — evidente para todos — de llamar socialista a tal sistema, con lo que el impulso revolucionario, dándose por satisfecho, tiene que extinguirse. Si el capitalismo estatal es una tiranía de primer orden, superior a toda opresión burguesa, quienes lo toman por socialismo, que son muchos, y ansían el triunfo de éste, tienden a la esclavitud con el empuje de quien aspira a la libertad, y, en defensa de la reforma en que creen ver la revolución, son enemigos jurados del revolucionario auténtico, del socialista no satisfecho con el flamante capitalismo, según nos prueba el ejemplo de los comunistas stalinianos, y el de toda suerte de socialdemócratas. Cierto es que, al llegar a la etapa decisiva, que es la experimental, que es la de ahora, hay marxistas que no se hacen la ilusión de que el capitalismo estatal es socialismo, ni aun « socialismo de Estado » ; sus entendederas rechazan esta antinomia y aquella fábula. Pero, ya suponen que el capitalismo estatal es una etapa inevitable en la ruta socialista, algo por lo que hay que pasar —quiérase o no— para llegar al socialismo, y al pensar así lo aceptan de buen grado, ya dan en creer, cuando advierten que su táctica les niega los resultados apetecidos, que el socialismo en pleno ha fra-

casado y que la revolución social es un imposible antojo... De uno o de otro modo, se renuncia a la revolución, renúnciase al socialismo, no a las tácticas opuestas a éste y a aquélla, consideradas únicas, indiscutibles e inalterables. Y como, mientras tanto, con o sin grandes rebeliones proletarias, el sistema burgués se descompone y el Estado — cualquiera — va desplazando a la burguesía y substituyéndola en el dominio de la sociedad, la consecuencia fatal es ésta : las fuerzas tradicionalmente anticapitalistas, las fuerzas del socialismo, vienen a ser elementos defensivos del naciente Estado totalitario, brigadas « antifascistas » del fascismo, vanguardias « revolucionarias » de la contrarrevolución.

Ya ha llegado, y no tardará en pasar, la hora de que el socialismo mayoritario o marxista prescinda para siempre de sus tácticas autoritarias, de su apelación al Estado contra una clase que, aunque nefasta, no es tan mala como él. El Estado, camaradas de la acera de enfrente, no es un ente metafísico, ni el representante de la sociedad, ni el servidor de una clase social ajena a él — esencialmente —. Lo esencial en el Estado es que, como aparato de fuerza, de opresión, de dominio, está integrado de « piezas » humanas ; detallito importante, que, como ya hemos dicho mil veces, y otras tantas habremos de repetir, nos convierte la « máquina estatal » de los viejos textos en una clase social sin más misión que el dominio ni otro medio que la fuerza — el monopolio de la fuerza, de todo medio coercitivo, de todo dogal de los derechos civiles —. Pese a lo que Engels creyera, el Estado no surgió en el seno de una sociedad de clases pre-existente, como poder encargado de reducir los conflictos de la misma a un orden injusto, dentro del cual una clase pudiera explo-

tar a otra. Surgió en la sociedad sin clases, igualitaria y libre, organizada en comunismo de guerra, el cual le permitía ser agresiva hacia afuera, sin permitir injusticias en su seno. En su alba roja, el Estado fué una minoría sanguinaria y rapaz, combativa y predatoria, militar y nobiliaria, que un día se alzó con el botín y los rehenes de toda la sociedad, en cuyo nombre había luchado por adquirirlos, y que, a partir de entonces, dividió a la sociedad en *estados* semejantes al que él constituía, en clases más o menos fielmente calcadas de la suya, supeditadas a ella. Ha sido la primera clase social privilegiada, como la de esclavos — que en un principio pertenecieron colectivamente a toda la sociedad conquistadora — fué la primera entre las vejadas; y no ha perdido jamás su original naturaleza. Hasta etimológicamente, decir « clase » es decir « estado », situación fija en la sociedad, y decir « Estado » es decir « clase social por excelencia », mencionar el prototipo y arquetipo de las clases. Desde que hay Estado y clases, lo clasista es estatal, y viceversa. Cuando leéis, por ejemplo, las peticiones de los comuneros de Castilla a Carlos de Habsburgo, ¿ no os sorprende la mención de « los tres *estados* del Reino », o estais tan ciegos que no advertís en esa llana mención una referencia a las tres clases sociales castellanas ? Cuando os enfrascáis en el estudio de la Revolución francesa, ¿ no dice nada a vuestra moderna y — de ordinario — urbana y libresca mentalidad, la mención de « les Etats Généraux », representativos de los estados sociales, o clases, que Francia tenía entonces ? El primero, el segundo, el tercer estado, que aparecen en los textos de pasados siglos, ¿ no son, claramente, las equivalencias de otras tantas clases de más recientes tiempos ?

Pues bien ; si el sistema burgués se opone a la sociedad en sí, como se opuso el feudal y se opondrá el estatal totalitario, es precisamente porque la divide en clases o estados, porque es clasista, mera hechura del Estado ; y si la sociedad reclama, requiere y necesita un régimen que elimine la existencia de las clases, ese régimen ha de ser, como por sí misma lo es la sociedad, anti-estatal por definición, por naturaleza, y anarquista de raíz. No podemos pasar de la sociedad de clases a la sociedad sin ellas mediante el ardid... imbécil de otorgar al Estado poderes absolutos sobre la sociedad y sus medios de vida, porque el Estado ha sido siempre una clase, será entonces la única clase privilegiada y creará, como ha hecho desde su origen, otra sociedad de clases. No hay quien mueva estos asertos, si es que la Historia no miente, o si el sentido común no engaña. Y hoy, además, no hay más que abrir los ojos, librarlos de las legañas de falsos credos, y ver la cruda realidad : cuando el sistema burgués se descompone, la posición que el Estado está tomando, del mismo Estado depende en primer lugar. Es su « revolución » lo que estamos presenciando, como siglos anteriores presenciaron la burguesa, y el pueblo le está sirviendo de peón contra la burguesía, la burguesía contra el pueblo, como el pueblo sirvió antaño a los burgueses en la oposición a la aristocracia y a la Iglesia característicamente feudales. La buguesía, que por medio del Estado estableció su régimen sobre las ruinas del feudalismo, por medio del Estado lo ha defendido y desarrollado ; mas, recurriendo cada vez más a esa máquina de opresión y de conquista, la ha hecho un tanto demasiado grande, poderosa y engreída. Se le ha ido de las manos. Y cuando

la sociedad en general, no ya tan sólo el proletariado, empieza a declararse incompatible con el régimen burgués de competencia, explotación y sabotaje permanente, la máquina de opresión y de conquista, clase social dispuesta a servirse ahora a sí misma, le dice a la sociedad que sí, que tiene mucha razón, y, llamándose su representante, en nombre de la sociedad asume funciones administrativas, suplanta a la burguesia en su posición de clase privilegiada y ejerce el control de todos los recursos y poderes sociales. Y cuando el Estado no cuenta con la aquiescencia de la estupidez social para darnos ese timo, recurre a sus propias fuerzas, y se rebela contra el Gobierno y el Parlamento, se insurrecciona contra todas las normas democráticas de cualquier régimen político basado en el sufragio, se subleva contra el resto de la sociedad. ¿ No es eso, en definitiva, y según hemos venido afirmando desde la Guerra Civil, lo que ha ocurrido en España ? ¿ Se puede dudar que allí, más y mejor que la burguesía, la Iglesia o unos millares de falangistas, quien se sublevó fué el Estado ? Asegurar, como vacuamente se hace, que se sublevó « el fascismo », es no asegurar nada ; y cuando se dice que el rebelde fué el Ejército, de ordinario se olvida que el Ejército era, y es hoy más cumplidamente, el cogollo del Estado, el Estado independiente del régimen político, el Estado que no hizo más que continuarse y crecer al efectuarse el cambio de guantes o de máscara que determinaron las elecciones de abril del 31. Dícese que España, a semejanza de Prusia, ha sido secularmente dominada « por la casta militar », y la afirmación es cierta ; pero esa casta militar es una clase social, es el Ejército, que, a su vez, forma o constituye el armazón del Estado, el esqueleto del Estado

mismo. Y sólo teniendo eso en cuenta es posible explicar lo que hoy ocurre en España, donde habrá burgueses que se desenvuelvan bien, pero la primera base del privilegio no es la propiedad privada, sino la autoridad « pública », de la que disfrutan a tutiplén quienes mandan — principalmente, los militares —. Ha surgido de allí un cuento superior a mil tratados de Sociología rezagada y falsa, y es aquel en que un falangista, un miembro del Estado rebelde y triuufador, le dice a un ganadero que apacienta sus vacas : « A diferencia de los rojos, nosotros proclamamos que la propiedad, mientras no se oponga a las conveniencias públicas, es sagrada, y, por lo tanto, la defendemos ; así es que, amigo, esas vacas son tuyas, y tú debes cuidarlas ; pero de ordeñarlas nos encargamos nosotros... » ¡ Ahí le duele ! El Estado moderno ordeña las vacas, y su « derecho » a hacerlo se basa en que todo quisque necesita leche ; pero como él se ha erigido en representante de todo quisque — « todo dentro del Estado, nada fuera del Estado » —, tras ordeñarla cobra por ella lo que le place, y, a imitación del « quien no llora no mama », cínicamente decreta : « ¡ Quien no obedece, no come ! ». Tal es, según Trotsky, lo que ocurre en Rusia, y hacia eso tiende el Estado en cualquier país.

El fascismo, con su superposición de los intereses estatales — « de la nación », suele decir — a los que se enfrentan en la lucha de clases tradicional, su anulación de los derechos del individuo y su filosofía de la fuerza, no es sólo el productor, sino también el producto, de un cambio que — sobre todo, a partir de la primera Guerra Mundial — ha empezado a transformar las relaciones de tipo burgués entre Estado, sociedad y ciudadano. El Estado

se hace absolutista, no por doctrina filosófica, ni por régimen político, sino por tamaño ; no por Constitución, sino por poder ; no por decretos, sino por órganos y funciones. Su tiranía es una cuestión de experiencia y crecimiento, de fuerza y de uso o abuso de ella. De aquí que un Estado democrático pueda ser, y a la larga fatalmente sea, tan absorbente, tan dominador y, en suma, tan absoluto, fascista o totalitario como los que así se llaman. Mediante el sufragio universal no cabe predeterminar las leyes que ha de hacer un Parlamento ; sólo es posible elegir los diputados que, después, legislarán como les plazca ; esos diputados, que no el pueblo, elegirán al Gobierno, que en todo país puede suspender las garantías constitucionales, todo derecho civil ; y, además, el Parlamento y el Gobierno, ya tan exentos de control popular, están completamente a merced de las fuerzas armadas y la organización burocrática que constituyen el Estado verdadero, la clase estatal libre de las resoluciones populares. La progresiva concentración de capitales, que implica un proceso de expropiación social en el terreno económico, tiene por complemento una pareja concentración de poderes, que priva a la sociedad, en el terreno político, del control de sus destinos. A un monopolio corresponde otro ; y conste que lo peor es que no son paralelos, pues tienden a juntarse en el Estado, fuera y encima de la sociedad « representada ». Esto nos hace recordar una anécdota elocuente. Los jinetes franceses en la batalla de las Pirámides eran malos ; su disciplina, excelente. En sus contrincantes, los mamelucos, se contraponían esas cualidades. Y Napoleón decía que dos mamelucos eran demasiado para tres franceses, cien de cada lado se equiparaban, pero mil franceses batirían

siempre a mil quinientos mamelucos. Es un buen ejemplo de la « conversión » de calidad en cantidad. Pues bien ; a la inversa, el Estado transforma cantidad en calidad. Cuanto mayor es respecto a la nación que dice representar, tanto más absoluto puede sentirse, más tiende al absolutismo, más fascista se nos muestra, hasta cuando dice obrar sólo en defensa de la democracia que lo cebó.

Burgueses y obreros hay que aún creen a pies juntillas que el Estado staliniano es un instrumento del proletariado, y el hitleriano — hasta a partir de 1939 —, arma de la burguesía. No se dan cuenta de que, tras cortinas de humo de diferente color, lo que han hecho ambos ha sido emprender un gran proceso de eliminación del capitalismo tradicional para implantar el de Estado ; destruir el antiguo sistema de clases para establecer, sobre sus escombros, otro nuevo, en el que la jerarquía estatal es a la sociedad lo que la militar es al Ejército, la nación es trasunto del cuartel y el « socialismo » una mala copia de la igualdad de ración de los soldados. ¡ Qué paraíso ! ¡Qué porvenir ! ¿ Es eso para nosotros, los europeos occidentales ? ¿ Hay español que lo quiera, sin ser un degenerado ? No nos cansemos de repetirlo : mientras exista el régimen burgués, y aun por muy descoyuntado que aparezca, hemos de aceptar los términos en que ha estado planteada la lucha de clases, y la libraremos a brazo partido ; pero en la medida en que el Estado desplace a los capitalistas en el control de nuestros medios de vida, con lo que no hará sino proletarizar a la sociedad en pleno, sobre la cual se alzará como omnipotente clase privilegiada, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía debe ser complementada, y al fin substituída, por la lucha de

clases, y a muerte, entre el Estado y la sociedad. Aquél, o ésta, porque son incompatibles por naturaleza, de siempre, y lo serán tanto más cuanto mayores poderes políticos y económicos vaya adquiriendo el Estado, que al hacerlo arrebata derechos y libertades a la sociedad. Quien está a favor de cualquier Estado, en contra se halla de la sociedad, y viceversa. El socialismo es anti-estatal, que es lo mismo que decir « anti-clasista », « social », o será lo que se quiera, menos socialismo. Todo « socialismo de Estado », cualquier raíz que tuviere, venga de la plutocracia, venga del proletariado, no es sino fascismo de un color o de otro. Y esto, que es una verdad, no entraña un insulto, sino un aviso, para los millones de socialistas de buena fe y honra limpia, que aún apelan al Estado.

Su aferrada obstinación en el error está dando lugar a que, en algunos países, la principal fuerza contra-revolucionaria — fuera del Estado mismo — sea de la clase trabajadora. Alguien ha dicho que, en Norteamérica, los ricos quieren libertad, y los pobres, huevos con jamón. O sea : que los capitalistas, tan reaccionarios hoy como desde el día en que quedó asegurada la revolución burguesa, se oponen a que el Estado les arrebate sus antiguas libertades — léase « privilegios » —, la de empresa en primer término, y el proletariado, por el contrario, sólo aspira a lograr un superior nivel de vida, mejor situación económica, más altos y seguros jornales, aunque para adquirir eso tenga que renunciar a los derechos — ficticios en gran medida, y en gran parte inoperantes, desde luego — que le tolera el agonizante régimen burgués, y a la futura posibilidad de conseguir su absoluta redención. Los trabajadores, al parecer, quieren venderle al Estado, por un

plato de lenjetas — que son suyas de antemano —, sus derechos de Esaú. No son, pues, reaccionarios respecto a la marcha histórica, ya que no quieren detener el actual proceso de lestrucción del sistema económico burgués, y menos volver atrás retrocediendo ; pero son, sin duda, contra-revolucionarios si sólo tienden a conseguir un régimen social en el que serán — tal vez — esclavos con automóvil. Hacen bien cuando se niegan a dar un paso atrás, reaccionario, pero hacen mal cuando avanzan por una vía contra-revolucionaria cíclica o circular, que inopinadamente les vuelve a situaciones políticas repudiadas hace ya miles de años. Y esa actitud proletaria, cada vez más extendida en todas partes durante los últimos lustros, no se debe únicamente, por desdesgracia, a lo que se entiende por « falta de educación política », o « de sentido de clase », o « de espíritu revolucionario ». Además del obrero que jamás entró en contacto con el movimiento socialista, hay otros que adoptan la mencionada actitud precisamente por ser, o haber sido, socialistas militantes, y aun « dirigentes de masas ». Si aún lo son, tal vez creen que las tácticas marxistas, apelando al Estado, les van a redimir ; y si, al aumentar el poder estatal sube su salario, se hacen la ilusión de que el socialismo les llega ya a la boca ; y en teniendo dos semanas de vacaciones al año, ducha en casa, seguro contra el paro y entierro gratuíto, se dan por satisfechos, aunque sigan trabajando a la cadena ; si han dejado de serlo, tal vez es porque ya no creen en aquellas tácticas, cuyo fracaso les ha sido evidente, y mientras no hallen otras en qué creer y a qué recurrir con renovada esperanza, el desengaño y la inercia les llevarán a renegar de la revolución. El resultado es el mismo en ambos casos, e ilusión y

desengaño, dos « buenas razones » contra-revolucionarias. Una de las más trágicas características de nuestra época es que la mayor parte de la clase trabajadora, opuesta al capitalismo tradicional, cuando éste entra en crisis y la sociedad ofrece la ocasión de avanzar rápidamente hacia el socialismo, adopta una posición estatal, anti-socialista, y tiende a establecer la tiranía político-económica de un nuevo capitalismo bajo el Estado totalitario. Y así, pues, la crisis capitalista pasa a ser crisis del socialismo mayoritario, determinante de esa actitud, y la causa de la revolución — y aun de las más necesarias libertades — está a punto de perderse. Tal vez se diga que exageramos, o que no hay factores nuevos, o que el marxismo ha sido una fuerza revolucionaria durante cerca de un siglo sin cambiar jamás de táctica. Nosotros decimos que hay algo nuevo : es la ya iniciada substitución del capitalismo privado por el estatal, de la burguesía por el Estado como primera clase privilegiada. Esto basta para que la táctica marxista — en todas sus manifestaciones — ponga en activo la latente peligrosidad que ha tenido siempre. Ha llegado la ocasión, la urgente necesidad, de que la clase trabajadora se oponga a los métodos estatales del marxismo, porque tales métodos, o medios, se oponen rotundamente a los principios y fines del socialismo en general : el de la escuela marxista, el de la anarquista y el de la tendencia histórica que da el trabajo, la cooperación humana, a la sociedad en sí.

Pero no olvidemos que si el proletariado necesita renunciar rápidamente al prusianismo característico de la táctica marxista, no es por odio a Marx, sino por prevención contra el Estado. Es al Estado, y no a Marx, a quien tenemos que destruir, para evi-

tar que él nos someta a la esclavitud o nos destruya. Y ya hemos dicho que la lucha contra el Estado no es misión exclusiva del proletariado revolucionario. Siempre ha sido misión de la sociedad, y, de aquí en adelante, lo será más cada día. Hay que movilizar contra él los miembros de las quebradas clases sociales. Pero si proletarios nutridos de socialismo, viejos soldados de la revolución, pueden descarriarse según hemos señalado anteriormente, ¿ qué no harán liberales y demócratas al uso, ya en bruto, ya pulidos ? Un caso a mano, que creemos ejemplar, es el de J. B. Priestley, novelista, dramaturgo, conferenciante, ensayista, que hoy ocupa, sin duda, uno de los más elevados rangos entre los intelectuales ingleses. He aquí un liberal de pura cepa, un demócrata hasta el tuétano, no corrompido por malas influencias ambientales, ni dañado por el gusano burgués del « profit ». Durante toda la última guerra, no ha hecho otra cosa que librar, con gran alteza de miras, su batalla personal por un mundo mejor. No en balde se considera fiel discípulo de Wells. Tenemos sobre la mesa un libro suyo — « Out of the people », título que podríamos traducir por « Del pueblo », o « Sacado del pueblo » —, en el que, como queriendo que al pueblo vuelva lo que él inspira, el autor manifiesta sus anhelos y opiniones con galana sencillez. Su propósito, si no nos equivocamos, es oponer la democracia al fascismo ; no una democracia cualquiera, sino la « auténtica », que acaso está por crear... Priestley impugna el fascismo con el sano argumento de la libertad, y dice que aquel sistema, dando al Estado poderes absolutos, niega los valores del individuo, anula al hombre como viva voluntad, destruye toda moral y malbarata la vida humana, que es una de las bien pocas cosas sagra-

das que hay en el mundo. El fascismo, en su opinión, que nos parece acertada, no es un régimen político determinado, sino un cierto grado de atributos o poderes estatales. Y apunta, muy sagazmente, que el fascismo se inicia « persuadiendo a sus víctimas de que el Estado es la comunidad ». Logrado esto, cualquier « decisión monstruosa » puede ser « convertida en la expresión de la voluntad del Estado, que no es presentado como una organización para obligar a los alemanes a obedecer a Hitler y a sus compadres, sino que se dice que es un gigantesco, místico, ser sobrehumano, en quien todos los alemanes encuentran su propio ser. Pruébase primero que te debes enteramente al Estado, sin el cual no eres nada, y... que el dictador..., por mística encarnación, es realmente el Estado. Así, a cualquier bandido que se mete de rondón y logra apoderarse del control del Ejército y de la Policía secreta, se le atribuye divina autoridad, y su benévola aprobación es tan necesaria al bienestar de uno como el agua, el sol y el aire. » De acuerdo. Veamos el párrafo siguiente:

« No importa cuánta propiedad común creas deseable, o cuánta acción colectiva debamos emprender ; no importa cuántos sistemas de reforma electoral hayas pensado para hacer la representación más justa y flexible, paréceme esencial que no te atrevas a confundir el Estado, que es una organización entre muchas, y nunca puede ser otra cosa, con la comunidad, que es sociedad viva y única. Es tan peligroso como tomar una máquina por una persona. Algunos reformadores entusiastas hablan y escriben como si a la misma vuelta de la esquina nos esperase un Estado mágico, bastante disemejante de cualquier otro que haya existido... Conveniente será que nos formemos una opinión muy escéptica res-

pecto a esas rosadas visiones del Estado del futuro. El Estado es una organización, un instrumento, una máquina, y siempre tendrá las limitaciones de cosas tales... Todo esto me parece inevitable, y cualquier palabrería acerca del advenimiento de un Estado de cuento de hadas es mera pérdida de tiempo. Además, con la artimaña de hacer uso de esta confusión de Estado y comunidad, los reaccionarios pueden hallar fácil el crear aquí cualquier forma de fascismo. »

¿ Satisfecho, lector ? Yo no lo estoy. Priestley, pese a aconsejarnos que seamos escépticos respecto a la promesa de un mágico Estado para el porvenir, tiene un concepto ilusorio y metafísico del Estado, gemelo del de todos los marxistas anteriores a Stalin y similar al que tienen todavía — por desgracia — no pocos anarquistas : «... es una organización, un instrumento, una máquina... » ¿ No aconseja el mismo Priestley que no tomemos una máquina por una persona ? Pues, al decir lo que es el Estado, se olvida en su consejo, ya que toma un conjunto de millones de personas por una máquina. Las greguerías gomezsernianas no serán nunca definiciones. Si decimos, con García Lorca, que « un horizonte de perros — ladraba a orillas del río », o que « en el aire se batían — las espadas de los lirios », no podemos tomar, después, la imagen por realidad, y volver del instante lírico a la prosaica continuidad de la vida asegurando que los lirios tienen espada o que el horizonte es realmente una traílla de alanos. Del mismo modo, si decimos que el Estado funciona como una máquina, o puede ser usado como si fuera un instrumento, no hay razón para pasar de tal decir metafórico a la rotunda afirmación de que es un instrumento o una máquina.

Tales transmutaciones metafísicas no son menos engañosas, ni menos arriesgadas, que « la artimaña — tan detestada por Priestley — de hacer uso de esta confusión de Estado y comunidad. » Y hemos de ver que quien cae de lleno en el primer error, acaba dando de bruces en el segundo. En efecto ; entremos, y con cuidado, en el párrafo inmediato posterior :

« El Estado nunca puede ser, ni en su acción política ni en su acción económica, expresión perfecta de la comunidad. Pero, desde luego, una comunidad democrática puede hacer buen uso de esta máquina. No debería ser considerada sagrada, ni fundamentalmente hostil, sino como la organización general de mando entre otras organizaciones. Y debería asumir el control de éstas cuando se hacen tan grandes, importantes y apremiantemente necesarias al público bienestar, que no pueden seguir siendo propiedad privada, como las fuerzas armadas no pueden quedar sujetas a control privado. Asimismo, una empresa que se cree con derecho a demandar subsidio público, o que tiene que estar constantemente controlada por las autoridades, debe ser tomada por el Estado. *Si el Estado es la organización de la comunidad en términos de poder, lo cual es, debe asumir el control completo del poder, como desde hace largo tiempo viene haciendo en el caso.... del poder de las fuerzas armadas.* Mas todavía es posible para algunos individuos manejar tales poderes económicos, que parecen comandantes de ejércitos privados, y es obvio que el Estado debe tener derecho a controlarlos, pues, de lo contrario, serán capaces de controlarlo, que es lo que a menudo han hecho. *En la democracia es esencial que nadie tenga un poder enorme, y, claro está, esto se*

aplica al poder económico no menos que al político. "

Y así sigue. Mr. Priestley, precisamente por creer erróneamente que el Estado « es una máquina », o un medio con el que cabe lograr toda suerte de fines, pasa a creer que « una comunidad democrática puede hacer buen uso de esta máquina », y una vez puesto en ese disparadero, llega a proponer que el Estado acapare absolutamente el control de todo poder político o económico, porque no es otra cosa que « la organización de la sociedad en términos de poder », afirmación más nefasta aún que la *artimaña* de confundir la sociedad con el Estado. Si esta artimaña es, según Priestley, la mismísima raíz del fascismo, su propio aserto es la planta fascista entera, de la raíz a los frutos, pues, según ella, el Estado, al representar a toda la sociedad, surge armado con el control absoluto de todos los poderes. Las frases que hemos subrayado en el último párrafo transcrito se apalean entre sí. La incorporación de los ejércitos privados, de la nobleza, en uno « nacional », de la jerarquía nobiliaria encabezada por el rey, fué la medida que más contribuyó a que se diera el paso de la tiranía de los señores feudales a la de los monarcas absolutos. Esa medida, en los siglos XIV y XV, estableció la base pretoriana del Estado moderno. Si ahora se entiende que el Estado, como « organización de la sociedad en términos de poder », debe tener el control del poder en absoluto — y Mr. Priestley alude a todas las fuerzas armadas, todos los servicios públicos, todos los grandes medios de propaganda y comunicación, la tierra y la Hacienda, la finanza, la enseñanza, etc. —, ese control será ejercido por el Estado en nombre de la sociedad, por algunas per-

sonas — principalmente — en nombre del Estado ; y esas personas, ¿ dejarán de tener el enorme poder político y económico que la democracia no puede tolerar ? No se nos diga que esas personas, esos miembros del Estado suplantador de la sociedad, no tendrán poder privado y directo, sino indirecto y delegado. La que lo tendrá de tal naturaleza, o solamente nominal — pura ficción — será la sociedad, que en el Estado que Mr. Priestley propone fatalmente hallará un Hitler o un Stalin, ya colectivo, ya individual. Porque el Estado no es sólo una organización, un instrumento, una máquina, sino también, y principalmente, una clase social tan inconfundible con la sociedad en sí bajo el fascismo como bajo la democracia, y esa realidad hace patente y obvio el peligro de que, gracias al truco de identificar sociedad y Estado, éste, asumiendo los derechos de aquélla, y convirtiéndolos en poderes, se erija en su amo y señor.

No hay mala intención en Priestley, ni en otros muchos como él, y, por eso, sus erróneos asertos no nos indignan, pero sí nos entristecen. Porque el caso de esos hombres es el siguiente : han sido educados en un ambiente burgués, se han visto ligados al régimen burgués, y cuando todo lo burgués ha fracasado a su alrededor, tras hacerse incompatible con el bienestar social, han sufrido una crisis pavorosa, de la cual han surgido con un férvido anhelo de justicia, con un afán de hacer bien, con una heroica voluntad de lucha en pro de la humanidad al vivo, de carne y hueso ; quieren restituir a la sociedad lo que en siglos precedentes se le ha robado, y hacer posible *su régimen* — cooperación y equidad en pro de la vida humana y de sus propios menesteres libertarios — ; pero, creyendo que el Estado es una

máquina a disposición de la sociedad, o la representación política fiel de la sociedad misma, tienden a entregarle a él lo que quieren rescatar para la sociedad en sí. Como los marxistas de buena intención y malas entendederas, son socialistas, pero cuando creen ir derechos al socialismo, van de cabeza a la sima del capitalismo estatal. Y, amigos, ¿ no estamos hartos de malhechores del bien y bienhechores del mal ? Si liberal tan sagaz y tan honesto como Priestley, pese a ser escritor bien entrenado, pasa en tres párrafos consecutivos, en dos, en uno tan solo, de la democracia que pretende defender al fascismo que detesta, ¿ en qué berenjenales no andarán metidos quienes carecen de sus buenas cualidades ? ¿ Y qué diremos de otros pensadores, como Hayek, el autor de « The road to serfdom » — Camino de servidumbre —, que, ante la pavorosa perspectiva del capitalismo estatal, al que indefectiblemente llaman todos socialismo o comunismo, quieren dar marcha atrás, reaccionar hacia « la democracia liberal »... burguesa, como si fuera posible retrasar el reloj de la Historia, o invertir el tiempo como se invierte un reloj de arena ? Son reaccionarios semejantes a aquellos que, ante la revolución industrial y sus devastadores efectos en la estructura social del siglo pasado, querían volver al feudalismo, o — como los tradicionalistas españoles — « a los fueros y a la vida patriarcal ». El empeño de esa gente es imposible. Es el capitalismo privado, es el régimen político-económico burgués, dominador exclusivo de la capacidad técnica de toda la sociedad trabajadora, el que ha dado lugar a que la evolución poco menos que natural hacia el socialismo auténtico, hacia el socialismo a-estatal o anárquico de la sociedad mis-

ma, haya sido desviado hacia el socialismo falso, hacia el capitalismo estatal. No vamos, señor Hayek, hacia la servidumbre por el capitalismo del Estado, sino que ese capitalismo es la servidumbre de que usted habla, y el camino que nos ha estado llevando a ella es precisamente el que usted desea volver a andar : el del régimen burgués. Madariaga, que es otro reaccionario del mismo corte, mas con algunos ribetes religiosos, se encuentra en el mismo caso que Hayek. No en balde los dos son miembros del mismo « club », en el que, sin duda, nuestro amigo y compañero Herbert Read predica siempre en desierto.... Pero es lo malo que tales reaccionarios, cuanto más se obstinan en mantener lo que queda del régimen burgués, cuanto más se afanan por reconstruírlo de un modo o de otro, tanto más inhumanamente vuelven la lanza en pro de los privilegios y las miserias consubstanciales con aquel régimen, y, por ende, más exasperan a los partidarios del incremento estatal, más les incitan a avanzar ciegamente hacia el fascismo, en cuyos ámbitos, finalmente, se reconciliarán unos con otros....

Pero acabemos este capítulo. El fascismo, lector, no es otra cosa que la tendencia político-económica a convertir el Estado en la única clase privilegiada, bien mediante una exageración de la defensa estatal de los privilegios burgueses, bien — y este es el caso más frecuente ahora — mediante el truco de arrebatarle a la burguesía, en nombre de la sociedad, lo que a ésta pertenece. Si uno tiene eso en cuenta, no dejará de advertir la naturaleza y la gravedad del problema principial de nuestro tiempo. Somos, en general, los herederos de la Revolución francesa, de la que claramente han surgido el sistema económico burgués, la democracia y — a la

larga — el socialismo militante, tanto anarquista como marxista. El sistema burgués ha fracasado, su desarrollo supone su propia eliminación, está desapareciendo y, conscientes — por lo menos — de su desastrosa ineficiencia, queremos crear otro más en armonía con la sociedad. Pero para crearlo se apela, de ordinario, a dos partes del resto de la herencia : a la democracia y al socialismo marxista. La democracia, no obstante, sólo existe de nombre. Tal régimen ha sido meramente el espejo político del régimen económico burgués, y en él se reflejaron todos los defectos de éste. Lo que no dió de sí cuando el régimen burgués se hallaba en pleno apogeo, no podrá darlo ya nunca. La democracia desaparece, porque el Estado moderno es tan ingente, que no puede verse la cara en tan angosto espejo.... Pero, aunque no exista más que como ficción, por democracia se entiende el gobierno del pueblo por el pueblo mismo.... a través del Gobierno ; y por socialismo — *a la marxiénne* — se entiende la administración de los bienes sociales por la sociedad.... a través del Estado. Este suplanta a la sociedad como el Gobierno suplanta al pueblo, y, en nombre del pueblo o de la sociedad, el Gobierno democrático asume el control absoluto del poder político.... para ejercerlo mediante los órganos permanentes del Estado, que también ejercen el absoluto control de los bienes económicos. Así es que, a más democracia y más socialismo de tal tipo, más fascismo ; y, aunque el socialismo y la democracia que aquí mentamos sean falsos o ficticios, el fascismo resultante de los dos es verdadero, por más que nos los disfracen. Esta es la triste verdad. Tal la amenaza que se alza sobre nosotros. Y, a nuestro entender, su principial causa, cuando no la única, es

la obstinación atávica con que la gente se empeña en resolver los problemas sociales por medio del Estado. ¡ Que los resuelva la sociedad, sola y de por sí, y eliminaremos todo peligro de tiranía y esclavitud ! Entre el régimen burgués en ruinas, y el del capitalismo estatal en construcción, hay que establecer el que a los dos elimina, el del socialismo libertario, el que de antiguo propugnan las tendencias sociales y filosóficas que nos han dado la síntesis anarcosindicalista.

III

« SOCIALISMO Y LIBERTAD »

ESCRITO lo precedente, ha llegado a mis manos una colección completa de la revista « Mundo », cuyos doce números aparecieron en México de julio de 1943 a marzo de 1945, y como creo que tal publicación ha sido — entre todas las de su clase — tal vez la más importante y característica de nuestra época, no puedo dar por terminado este trabajo sin referirme a ella con alguna extensión. También me lo exige el hecho de que, al parecer, la revista ha tenido por objeto exponer el problema de que aquí me he ocupado — la crisis del socialismo —, analizar sus factores y buscar la manera de resolverlo. Directa o indirectamente, « Mundo » fué el órgano o portavoz de la agrupación « Socialismo y Libertad », constituída originalmente en México, donde coincidieron, durante la segunda Guerra Mundial, revolucionarios procedentes de varios países y muy diversas tendencias socialistas. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que no todos los colaboradores de la revista pertenecieron a la agrupación. Un Rodolfo Rocker, por ejemplo, pudo decir cosas magni-

ficas en aquélla, sin necesidad de aceptar el galimatías ideológico que esta otra tenía — o tiene — por plataforma. Pero la relación entre ambas es innegable, y menester será hablar de las dos, empezando por la que — a mi entender — menos importancia tiene, que es la mentada agrupación.

Sus « Proposiciones para una Declaración de Principios », publicadas en México, D. F., a 25 do marzo de 1943, fueron presentadas por militantes de la C. N. T. y de la F. A. I., del P. O. U. M., de la U. G. T., del Partido Socialista Obrero Español, del Partido Socialista Obrero y Campesino, de Francia ; de la Unión Anarquista Italiana, del Partido Socialista Alemán, de la Unión de Socialistas Alemanes y Austriacos, del grupo francés de « La Révolution Proletarienne », de la Oposición Sovética de Izquierda, y por otros socialistas desvinculados de todo Movimiento colectivo. La agrupación encontró muy pronto la simpatía y el apoyo de entidades que, como el Independent Labour Party, de la Gran Bretaña, mantienen lazos de afinidad con el P.O.U.M., y francamente creo —sin hallarme en situación de asegurarlo— que su existencia fué debida a la inquietud espiritual de «poumistas » tan notables como mis amigos Gorkin y Gironella, con quienes en tantas cosas coinciden Víctor Serge, Marceau Pivert y otros marxistas de izquierda, casi todos los cuales suelen pasar por trotskistas —como pasan los militantes del P.O.U.M.—, sin serlo.

Dentro de la agrupación, la preponderancia marxista fué evidente desde el primer momento. Pero el marxismo que en ella apareció fué, ciertamente, « sui géneris ». Aunque no hagamos caso de las paparruchas de stalinistas arrepentidos tan justamente desprestigiados como Bullejos y Adame, o

como Ruth Fischer, y nos fijemos tan sólo en los asertos de Gorkin, de Gironella, de Serge, de Ruhle —por desgracia, muerto ya—, nos hallaremos ante los juicios de quienes, tras muchos años de militancia marxista, se han dado cuenta de que la táctica asignada por Marx a la revolución es de todo punto contraproducente, declaran que es necesario buscar otra y, a la vez que eso proclaman continúan confesándose fieles al marxismo y diciendo que aspiran a lograr « la síntesis ideológica de los conceptos libertarios y humanos de la filosofía anarquista y del realismo constructivo del socialismo marxista. » ¿ Dónde está ese « realismo » ? ¿ En Rusia, acaso ? Es el « realismo »marxista lo que ha fra-fracasado, lo que resulta un *camelo* de padre y muy señor mío, y es la filosofía anarquista —pese al dejo despectivo con que la mencionan quienes la ignoran— lo único que hoy resulta real y firme, sin fracaso y sin crisis, principalmente cuando toma cuerpo en organizaciones profesionales, como nuestra C. N. T. Fué el mismo Marx quien aceptó los fines del anarquismo, y si durante un siglo han fracasado de continuo los medios antianarquistas que él propuso para lograr tales fines, no hay derecho a repetir sus artimañas y trucos apelando a un « realismo » de cuyos tristes resultados se reniega, pero al que sigue aferrándose la veneración fanática de sus antiguos creyentes ; y eso es lo que han intentado hacer, a juzgar por lo que veo, los marxistas dirigentes de la agrupación « Socialismo y Libertad. »

Examinemos las proposiciones publicadas por la misma. Dice la primera que la segunda Guerra Mundial es « una completa subversión de las relaciones sociales e internacionales », una prueba « de la cri-

sis mortal de la civilización capitalista », y con esos asertos coinciden los que antes hemos hecho nosotros mismos, al hablar de la extinción del tradicional régimen burgués. Añade, y con mucho acierto, que la única « salida históricamente progresiva » de la situación de crisis en que el desastre burgués ha hundido al mundo consiste en la instauración de un régimen socialista « basado en la libertad ». Indudablemente, la propuesta vuelta a la situación burguesa de que proviene el presente caos no nos resuelve ningún problema, y el *avance histórico* del sistema burgués fascista es una vuelta circular a remotos tipos de esclavitud, es hacer el cero de la serpiente que se muerde la cola. Entre estos dos extremos se halla el medio que a ambos niega, el socialismo « basado en la libertad », siempre que por tal se entienda lo que entendemos nosotros por socialismo libertario — es decir : un socialismo anarquista, incompatible con el Estado —.

Dice el segundo apartado que « el socialismo no representa la dominación o la dictadura de una clase, sino la realización de una sociedad sin clases ». El enunciado es un poco turbio, porque no se especifica si lo dicho acerca del socialismo se refiere a sus fines o a sus tácticas. Ya admitió Marx que el fin del movimiento socialista es la anarquía de la sociedad sin clases ; pero, para llegar a tal fin, propuso medios que lo hacen imposible. Y ahora huelga repetir lo que ya dijo Marx respecto al fin, sobre lo que ha de implicar la plena consecución del socialismo ; lo que hay que decir ahora es que los medios por él propuestos niegan el fin socialista. Lo mismo cabe objetar a esta otra parte de la segunda proposición : « El socialismo es la destrucción del Estado, instrumento de opresión, substitu-

yéndolo por un nuevo orden basado en la organización del trabajo, la distribución equitativa de los productos, la democracia de los productores y la cooperación de los pueblos ». Marx quería llegar a la desaparición del Estado mediante el uso del mismo bajo la forma de dictadura del proletariado. ¿ Quieren hacer otro tanto, pese al consejo de la experiencia, los del grupo « Socialismo y Libertad » ? Pues para ese viaje.... Y si consideran que los principios, los medios y los fines del socialismo son — como hemos proclamado los anarquistas — incompatibles con el Estado, ¿ por qué no lo dicen clara y taxativamente ? Tal vez por amor al « realismo marxista », o quizá por añejo menosprecio de pedantes a « los bellos anhelos anarquistas ».

Ademas, obsérvese bien aquello de que « el socialismo es la destrucción del Estado, instrumento de opresión...», que se puede entender de dos maneras : una, que el socialismo ha de destruir el Estado, cualquier Estado, porque éste es siempre instrumento de opresión ; y otra, que el socialismo ha de destruir únicamente aquel Estado que, por su tipo, sea opresor. Y parece que, en efecto, es esto último lo que se quiere decir, ya que a renglón seguido se habla de « democracia de productores », en vez de hablar de anarquía. Tal confusionismo, tal imprecisión, quizá no produjo recelo alguno en el ánimo de ciertos anarquistas, pero alarmó a un militante del Partido de Pivert, que propuso enmendar el parrafito de este modo : « El socialismo preconiza la destrucción del Estado EN TANTO que instrumento de opresión.... » O sea : que si el Estado no oprime, el socialismo podrá « valerse » de él. ¿ Y dónde está el mirlo blanco del Estado que no oprime ? ¿ Dónde, obstinados adeptos de las tácticas marxistas, si aun

todos los Santos Padres del marxismo han proclamado que « mientras existe el Estado, huelga hablar de libertad » ? Ese aserto de Engels, si se sitúa al lado de la tercera proposición, que afirma : « El socialismo es imposible sin libertad », pone a quienes hacen ésta en el brete de ser insinceros o de proclamar — con los anarquistas — que el socialismo será imposible mientras exista el Estado, mientras no haya libertad.

El punto cuarto, en que se dice que « El socialismo es la realización más amplia y completa de la democracia », contradice al segundo y al tercero, ya que la democracia es un sistema político estatal, un poder — o *cracia* — que gobierna en nombre del pueblo como otros han gobernado « por la gracia de Dios », y el Estado es « un instrumento de opresión », que niega la libertad a cuya existencia supedita el tercer punto la implantación de un sistema socialista ; mientras que, por otra parte, si la democracia es un régimen estatal, el socialismo que consista en realizarla no hará otra cosa que desarrollar el aparato que ha de ejercerla, no hará sino dar mayor volumen al Estado, en lugar de destruirlo, pese a que el segundo punto dice que el socialismo « es » la destrucción del Estado. Si los apartados 2 y 3 gritan « ¡ Arre ! », el siguiente grita « ¡ So ! ;» si unos afirman que el socialismo es la destrucción del Estado, otro lo identifica con la ampliación de la democracia, con la ampliación del Estado democrático, pese a que tal ampliación nos está dando por resultado la aparición del fascismo en todas partes.

El resto del punto cuarto provee de paja al borrico de la primera declaración, al propugnar lo siguiente : « a), Garantía de los derechos del indivi-

duo ; b), Libertades democráticas fundamentales ; c), Derechos sindicales, que abarcan, a nuestro entender, el control de la producción en beneficio de la colectividad ; d), Libertades comunales o municipales ; et. » Todo esto lo acepta Churchill hoy día, ya que hasta quiere que los trabajadores participen en el control de la industria, a fin de que ésta produzca eficientemente en beneficio de la colectividad.... de obreros, capitalistas y agentes del Estado. Y eso de « las libertades democráticas fundamentales », ¿ no es el conjunto de derechos civiles que el Estado democrático nos otorga... si le place ? ¿ Qué queda de ese conjunto cuando se implanta el estado de alarma, el estado de sitio o el estado de guerra ? No son libertades democráticas, sino libertades humanas y sociales, las que han de ganar los socialistas por medio del socialismo ; y ésas, ningún Estado las da.

Tampoco hay modo de aceptar la quinta proposición, tal como está redactada : « El socialismo no puede ser realizado en un marco local o nacional, como lo ha demostrado la trágica experiencia rusa, sino que sólo es posible en un plano internacional. » Cierto es que ahora, y mientras no sea anulado el progreso técnico de los últimos siglos, no hay manera de volver al comunalismo aldeano de la Edad Media sin sacrificar en el retroceso a la misma sociedad, que reaccionaría violentamente contra él ; cierto es, también, que el socialismo — tanto el militante y doctrinal cuanto el que, en mayor o menor grado, existe en la ayuda mutua de los hombres bajo cualquier régimen oficial impuesto a la sociedad — es, de por sí, internacionalista ; como economía y ética de cooperación, técnica y moralmente, desconoce las fronteras, y un régimen socialista será

tanto más firme y satisfactorio cuanto más amplia sea su base geográfica en el mundo. Pero de eso a decir, como se dice, que el socialismo no puede ser implantado en el área de cualquier nación moderna, y que sólo puede desenvolverse « en un plano internacional », con lo que se condiciona su existencia a su implantación poco menos que simultánea en el Mundo entero, media un abismo.... de exageración trotskista. Y no se alegue en defensa de ese aserto la experiencia rusa, pues lo que ésta ha demostrado no es que el socialismo resulta imposible cuando se intenta implantarlo en un sexto del Globo, sino que en el Mundo entero será imposible instaurarlo por mediación del Estado.

Los del grupo « Socialismo y Libertad » — justo es decirlo — no intentarán renunciar a hacer la revolución hasta que quepa llevarla a cabo en todas partes al mismo tiempo ; pero ese quinto apartado parece llevar implícito el malhadado consejo de que empecemos la casa por el tejado, y la revolución socialista, no en el área nacional, sino en la mundial. Si lo que quiere decir es lo contrario — que hay que iniciarla en cualquier país para extenderla, desde él, a los demás —, es una pena que no lo haya dicho así. Además, al tratar de este problema es conveniente añadir que un pueblo tiene derecho a defender su revolución con las armas en la mano, como hizo el ruso cuando se vió atacado, pero que la revolución sólo puede extenderse de un país a otros mediante su propio ejemplo, mediante la exhibición de sus valores sociales superiores ; pues, de lo contrario, si por una parte se omite tal condición, y por otra se declara tarea de gran urgencia la extensión de la revolución a través de las fronteras, tal vez no se haga otra cosa que « justificar » el imperia-

lismo de cualquier Estado pseudosocialista. ¿ O es que la expansión soviética, dirigida por Stalin, no recurre al argumento típicamente trotskista de que para asegurar el socialismo en Rusia es indispensable conquistar el mundo capitalista ?

No hay en el resto de la « plataforma » que comentamos novedad digna de cuenta, pero sí tiene interés la declaración siguiente : « Rechazamos también las concepciones y las tácticas según las cuales el fin justifica los medios, y afirmamos que los medios utilizados por el movimiento socialista deben estar en un todo de acuerdo con nuestros ideales de liberación individual y colectiva. » Leído lo cual, se nos viene a la boca esta pregunta : entonces, pues, quienes se proponen lograr el fin del socialismo y la libertad, ¿ cómo podrán conseguirlo sin oponerse absoluta y resueltamente, por principio, a todo Estado, si cualquier Estado implica opresión, con la cual niega la libertad, y es una clase social privilegiada, cuya existencia es incompatible con la sociedad sin clases, en que campa el socialismo ? Quien ha llegado a advertir que el socialismo y la libertad resultan inseparables, y sabe que — según ha proclamado hasta el marxismo — todo Estado es opresor, si se dispone a luchar por el socialismo se halla también obligado a declararse anarquista, y si no lo hace, se quedará en charlatán ; es decir : será un tontaina que no sabe lo que dice, o un farsante deseoso de embaucar a los ingenuos. Y.... lo siento, pero la lógica y la verdad jamás tuvieron amigos.

Examinemos ahora la revista, que — repito —, aunque ha dejado de publicarse, me parece más importante que la agrupación a que ha servido de portavoz. No es fácil, ciertamente, resumir en diez o doce páginas otros tantos números de la misma, má-

xime teniedo en cuenta que abundaron en ella los artículos de excepcional interés ; pero lo he de intentar, y ajustaré mi sinopsis al plan seguido hasta ahora en el presente trabajo. De modo que empezaré por mencionar y comentar aquellos textos de « Mundo » en que se expone la crisis terminal del sistema burgués, pasaré a recoger aquellos otros en que queda señalada la crisis del socialismo, y, finalmente, me ocuparé de los que indican alguna solución, tal o cual modo de salir del obvio atasco.

Dice Víctor Serge en « Necesidad de una renovación del socialismo », artículo inserto en el número 1 : « La lucha de clases ha perdido su esquematismo del siglo pasado. Las clases han cambiado de aspecto. El patrono ha dejado su lugar al accionista y al magnate del *trust*, o al funcionario del Estado totalitario.... Burocracias gubernantes han irrumpido en la sociedad rompiendo los moldes de las viejas clases y reclutándose entre todas ellas. Las clases sociales han cambiado de composición, de función, de estructura, y la relación de fuerzas entre ellas ha sido profundamente modificada. » Esas frases giran en torno a la realidad que Víctor Serge no acaba de definir : la realidad, en la que tanto vengo insistiendo desde hace ya unos nueve años, de que el Estado es una clase, y mientras tal clase asuma la representación de la sociedad, cuantos más medios de producción queden estatalmente « socializados », bien en virtud de la creciente coordinación técnico-económica, bien a petición del ansia de justicia social, tanto mayor será el riesgo de que esa clase — el Estado — llegue a ser la única privilegiada.

Serge se equivoca al decir que « la alternativa de ayer : capitalismo o socialismo, está superada. Terceras soluciones, no previstas por nadie, se han

impuesto. La U. R. R. S. no es un país capitalista ni un país socialista ; el II Reich ha dejado de ser un país capitalista en el sentido tradicional de la palabra ; todos los que han estudiado a fondo el sistema nazi están conformes en esto.. » Se equivoca, he dicho, porque la disyuntiva de ayer, entre capitalismo y socialismo, sigue siendo la de hoy, a pesar de que en algunos países, como los dos mencionados, el capitalismo burgués, individualista, haya sido eliminado por el capitalismo estatal, antítesis rematada — quizá final — del socialismo de siempre. Y no cabe calificar de « solución » de la disyuntiva entre socialismo y capitalismo al capitalismo estatal, como tampoco cabe decir que esa « solución » no fué prevista por nadie, pues hace un siglo que la anunció el anarquismo y cualquiera puede verla expuesta en las obras de Proudhon, de Bakunin, de Malatesta, de Kropotkin, de Fabbri, de Mella, etc., y en las de Labriola, las de Spencer, las de la Escuela de Manchester, las de Veblen, las de... Pero, ¿ a qué seguir, si los únicos videntes que se han negado a contar con tal sorpresa han sido los dómines del « socialismo científico », o marxista ?

Añade Serge que « hemos podido constatar con amargura que la propiedad colectiva de los medios de producción puede ser la base de nuevos regímenes de explotación, por no decir de una nueva esclavitud », y nos cita, como ejemplo, el caso ruso. Pese a provenir de Rusia, y no obstante haber vivido allí durante los años de la revolución y de la contrarrevolución, Víctor Serge no ha advertido todavía que allí no hay propiedad *social* colectiva en absoluto, sino tan sólo propiedad institucional, vinculada al Estado. Lo auténticamente colectivo en Rusia es, en su mayor parte, el trabajo ; la propiedad,

nominalmente de la nación, es, en verdad, un derecho del Estado, de la nueva clase privilegiada. Por cosiguiente, no hay incompatibilidad alguna entre el auténtico socialismo y el auténtico colectivismo social, si bien ambos son bastante diferentes entre sí ; iguales, idénticos, como Serge afirma que un día lo fueron, no lo han sido jamás. Pero el autor del artículo está muy en lo cierto al asegurarnos que hoy « la definición del socialismo tiende a poner el acento, más que sobre la organización económica, sobre la organización política y jurídica, es decir : sobre los derechos de los hombres (problema de la libertad) ». Y eso, viniendo de un marxista, da a entender que el socialismo prescinde de Marx, de su determinismo económico omnipotente, y necesita volver los ojos a la bandera anarquista del libre albedrío, de la voluntad, del hombre.

También indica Serge que « la realización del socialismo » parecía ser, antaño, « la misión histórica de la clase trabajadora », « el resultado de una revolución proletaria », estrictamente clasista ; pero que, aun sin negar que el proletariado sea un factor esencial en las coetáneas transformaciones sociales, como resulta « evidente que el desarrollo mismo de la producción industrial tiende a la abolición de la propiedad privada » — de tipo burgués, se entiende — « el establecimiento de nuevos regímenes responde... a los intereses de las masas humanas, mucho más amplias que las obreras ». O sea : hay que dejar de creer en la « revolución de clase », que el marxismo ha propugnado, y hay que tender hacia « la revolución social », que ha propugnado el anarquismo. Pero Serge, para ser claro y concluyente, tendría que decir que el proletariado debe llevar al último extremo su lucha a muerte con la

ya decadente burguesía, y, a la vez, debe ser la vanguardia de la nación productora en pleno en la lucha de ésta — que es la sociedad no parasitaria — contra el Estado. Mas no le exijamos mucho. Siendo marxista recalcitrante, no dice poco al decir lo que aquí sigue : « ... los problemas de la *toma del Poder por la clase obrera* se presentan bajo un aspecto totalmente diferente... El peligro está en permanecer esclavo de las viejas palabras en una época en que la realidad impone brutalmente... el reconocimiento de hechos nuevos y la necesidad de un impulso creador. »

En el mismo primer número de « Mundo », Gironella, tras pasar revista a la situación mundial de los últimos treinta años, dice lo siguiente : « En medio de esta subversión general el proletariado se encuentra repentinamente situado ante responsabilidades históricas para las que no está maduro ni preparado. » No son sus últimas palabras, sino las primeras, las que quiero destacar. En ellas se reconoce la ya avanzada extinción del sistema político-económico típicamente burgués. En el número 3, Víctor Serge, a quien ha querido negarle Molins y Fábregas el aserto de que la economía nazi no era burguesa, replica con muchos datos, e insiste de esta manera en su afirmación : « El Estado totalitario, el Estado-partido, impone su ley a los capitalistas, mientras que el Estado liberal, el Estado democrático, estaba controlado por la clase capitalista... El Estado nazi subordina la gestión de la economía a su política, mientras que el Estado capitalista tradicional orientaba su política según los intereses económicos de las clases dirigentes. » Cabe decirlo, como conviene, con menos palabras y más claridad : el Estado capitalista arrimaba las ascuas a las sar-

dinas de los burgueses, y el fascista o totalitario, a las suyas propias.

En el número 4 se publica un artículo de Dwight Macdonald, ex-trotskista yanqui, bien conocido por los libros en que ha venido indicando el paso de la democracia burguesa a lo que él llama — muy a capricho, sin duda — « el colectivismo burocrático », cuando es más exacto hablar de la substitución de la burguesía por el Estado en la posesión de poderes y bienes, de mandos y mandas, y, por ende, en el papel de clase privilegiada ; y en ese artículo, reproducido de la « Partisan Review », dice Macdonald : « El desarrollo de las fuerzas de producción orienta al mundo hacia el colectivismo. El *status quo* de la democracia burguesa es fundamentalmente dinámico (pase, si se entiende, la paradoja)... El *status quo* (la tendencia natural) de la democracia burguesa se orienta hacia el « colectivismo burocrático » de Alemania y de Rusia, por el simple hecho de que ésta dirección es más favorable a las clases dirigentes actuales que lo que podría serlo el colectivismo de las clases trabajadoras. Intentar defender ese *status quo* implicaría : 1, debilitar las fuerzas progresivas que pueden plantear la alternativa socialista, y 2, dejarse arrastrar uno mismo por la evolución hacia una alternativa totalitaria ». Y añade : « El movimiento colectivista-burocrático de la sociedad actual amenaza destruir los valores fundamentales del progreso... El socialismo marxista nos ofrece la mejor posibilidad de conciliar el colectivismo con los valores del progreso. » ¡ Como si no fuera típicamente marxista — hasta en el caso de la Alemania nazi — ese « colectivismo » estatal, ora burocrático, ora pretoriano, destructor de « los valores del progreso ! Pero, en fin, lo que me im-

porta destacar es que Macdonald se considera testigo de la extinción, ahora en curso, del régimen capitalista burgués.

En el mismo número 4, y bajo el título « ¿ Es capitalista la economía nazi ? », firma « Observer » unos comentarios al libro de Franz Neuman sobre el *nacional-socialismo,* y el autor de los mismos, que es — probablemente — Serge, dice : « Para muchos (militantes socialistas), como Paul Matthic en los Estados Unidos y Marceau Pivert entre nosotros, el sistema nazi no es sino una forma del capitalismo de monopolios. Bajo diferentes formas, Dwight Macdonald, James Burnham, Sidney Hook, Abraham Ziegler y otros han sostenido... que el totalitarismo nazi constituye un sistema nuevo que acaba con el capitalismo o tiende a su liquidación, substituyéndolo por una explotación más completa y más eficaz del trabajo. Hilferding se había expresado en este mismo sentido. Los socialistas rusos parecen aceptar este mismo punto de vista, sostenido en México por el autor de estas líneas. » Y « Observer », tras señalar que Neuman define la economía nazi como un « capitalismo totalitario de monopolios », menciona abundantes datos aportados por aquél, los cuales prueban que la economía nazi no es — o era — otra cosa que un tremendo sistema de explotación de los recursos y la mano de obra de un país por parte del Estado y a beneficio del mismo, bajo cuya espada de Damocles — sus poderes políticos sin tasa — están todos los ciudadanos y todas las clases sociales, todos los derechos individuales y colectivos, el obrero y el burgués. ¿ Es que en la Alemania hitleriana ha habido más monopolios que los tolerados por el Estado ? ¿ Y es que esos mismos no fueron parte de la estructura

estatal ? ¿ Es que los Krupp, los Haniel, etc., más prósperos que nunca en el período hitleriano, no consigiueron esa suprema prosperidad a cambio de pasar del primer rango capitalista-burgués al tercer o cuarto rango estatal ? Pues ,entonces, ¿ cómo hay modo de decir que la economía nazi es un capitalismo totalitario... de monopolios ? En el capitalismo totalitario — o fascista — no hay, finalmente, más que un solo monopolio : el estatal.

De manera semejante cabe responder a Burnham, cuya teoría, tan brillantemente expuesta en « The managerial revolution », no es, en esencia, más que un desatino y una memez. En resumen, consiste en lo siguiente : que los « managers » — administradores y altos técnicos de la producción — están substituyendo a los burgueses en el control directo de la misma, en su disfrute privilegiado, en el uso de los poderes políticos que tal control otorga y, por tanto, en el Estado, que deja de ser « el Estado burgués », para convertirse en « el Estado de los *managers* ». Y cita Burnham, como ejemplos de *managerial States,* el ruso y el hitleriano, sin reparar en el hecho de que, tanto en Alemania como en Rusia, todos los « managers », desde el más alto al más bajo, han estado a merced de los agentes del Himmler o el Beria de turno. Tanto en un país cuanto en otro, no fueron los « managers » quienes adquirieron derechos de propiedad al perderlos la burguesía ; fué el Estado. Y, si bien es cierto que ese Estado totalitario necesita administradores y técnicos para regir sus industrias, y les paga salarios de soborno, cientos de veces superiores al jornal de los obreros ; si es verdad que en ese régimen adquieren tales señores una situación social privilegiada, no es menos cierto que al Estado se la deben, ni es menos

verdadero que de ella gozan, no en virtud de su capacidad profesional — pues en la cárcel hay muchos de ellos bien capaces —, sino como miembros de la clase estatal, como gente bienquista con los que mandan.

A todos estos marxistas renegados del leninismo, el stalinismo o el trotskismo, que han empezado a ver la extinción del sistema burgués y la aparición de otro sistema de explotación bajo el Estado totalitario, les resulta punto menos que imposible definir, y aun entender, lo que tienen delante de los ojos. Siguen aferrados al metafórico aserto de que el Estado es un instrumento de opresión al servicio de una clase, y cuando ven un Estado que oprime de veras — como el nazi o el soviético —, pero no oprime a favor de la burguesía, se preguntan : pues, entonces, ¿ en pro de qué clase oprime ? Y, puestos a buscar la nueva clase privilegiada, que se sirve del estado ptoloméico y absoluto, uno da con « el Partido », otro da con « los *managers* », un tercero con « la plutocracia monopolista »... Y eso es hacer como el salinero de mi pueblo, que contaba sus burros, volvía a contarlos, y siempre echaba de menos uno, que era en aquel que él mismo iba montado... La clase privilegiada con que no cuentan ustedes, mis señores miopes del marxismo, esa misteriosa clase privilegiada que domina a la sociedad por medio del instrumento del Estado ptoloméico, es... ese Estado. De ahí la necesidad de que el socialismo prescinda pronto de ése o de cualquier Estado, de Marx y de sus secuaces, entre los cuales andan ustedes de traspiés en tropezón.

Cabría seguir citando textos de « Mundo », todos ellos insistentes en la verdad de que el régimen burgués, tanto en su aspecto político cuanto en su as-

pecto económico, está a punto de ser aniquilado por el moderno auge estatal ; mas los recogidos bastan. Ahora pasemos a mencionar unos cuantos en que queda planteada la crisis del socialismo, derivada de las realidades que presenta la burguesa. Y sea el primero aquel en que José Riera, un militante de nuestras filas, en su artículo « El Partido, un obstáculo para la realización del socialismo », inserto en el primer número de la revista, plantea tal crisis en sus verdaderos términos :

« La crisis del socialismo, mejor dicho, lo que se ha dado en llamar crisis del socialismo, no consiste, a nuestro juicio, en que el socialismo no sea... la solución más apropiada para substituir el sistema económico burgués. Todo lo contrario. Las soluciones socialistas, radicalmente socialistas, son las únicas que ofrecen una posibilidad de salida racional... Lo que está en crisis es la táctica empleada, el concepto estrecho de los que se han llamado socialistas ; son los métodos centralistas y autoritarios empleados por los que se aplicaron a sí mismos el título rimbombante de «vanguardia consciente del proletariado», incluídos en esta denominación los socialdemócratas... La organización y la táctica de los Partidos han desvirtuado fundamentalmente la finalidad del Socialismo. Los Partidos — núcleos de militantes... para conquistar el Poder político — aspiran a la conquista inmediata del Estado para, desde él, realizar el socialismo. Y lo que es... un *medio* se convierte... en único *fin,* sin recordar que, según la definición clásica, la condición *sine qua non* del socialismo es la desaparición del Estado, « *instrumento de opresión de las clases privilegiadas...* »

O sea : que la llamada crisis del socialismo es, en verdad, el fracaso del marxismo ; que el Partido

« socialista » o « comunista » aspirante a la conquista del Poder desvirtúa los afanes y doctrinas que adopta por apellidos ; que la toma del Poder es la incorporación de unos cuantos políticos a la clase gobernante ; que el Estado es la negación del socialismo, y, por lo tanto, el Partido, como tiene por fin su incorporación a la clase estatal, es tan incompatible, en esencia, con el auténtico socialismo como lo es cualquier Estado. En el número siguiente, el desprestigiado Adame contestó a Riera con tonterías y falsedades que no merecen mención. Si Riera dijo que el Partido se define por su aspiración a la conquista del Poder, sólo un mentecato puede replicarlo con la salida de que la F. A. I. — cuyo objetivo no es conquistar el Estado, sino destruirlo — es el Partido dirigente de la C. N.T.

En el mismo primer número de « Mundo » publicó Gironella « El punto débil del marxismo y del anarquismo », artículo en el que dijo que « los trabajos de Marx y Engels, completados posteriormente por los de Kautsky, Hilferding y Lenin, constituyen la mayor y mejor aportación teórica al conocimiento de la dinámica de la sociedad capitalista. » Eso será entre los autores que conoce el amigo Gironella... No seré yo quien le niegue a Marx los excepcionales méritos de su genio crítico, bien patentes en « El Capital » ; pero, si al lado de Marx cabe poner a Sombart, a Veblen, a Proudhon, ninguno de los cuales fué inferior a él como crítico del sistema capitalista, Engels, en comparación con ellos, es bien pobre medianía ; Lenin fué un « partisan » sagaz, siempre dispuesto a decir o callar aquello que le convino, y por lo tanto indigno de consideración como « crítico », y esos dos patriarcas alemanes, Kautsky y Hilferding, de quienes tanto — y con

gran razón — se han reído Sidney Hook en « Towards the understanding of Karl Marx », me hacen recordar a mí que el astuto Cánovas del Castillo — según una referencia que debo al gran don Gonzalo de Reparaz — habló una vez de « los tontos adurteraos por la curtura »...

Mas Gironella, tras super-estimar los valores críticos del marxismo, sub-estima los del anarquismo al añadir que « por otra parte, Bakunin, Kropotkin y sus continuadores, analizan esta misma sociedad burguesa desde un ángulo más bien humano : la miseria y la ignorancia de las grandes masas, la anulación de la libertad, el despotismo de los poderosos, el papel dictatorial del Estado, y frente a todo ello, la rebelión de las conciencias libres. » Bakunin escribió poco, pero pensó mucho y muy bien ; tanto, que sólo dentro del amplio mundo mental que él nos dejó delineado podemos hoy respirar los socialistas auténticos, vengan de donde vinieren ; y él, con tan pocos escritos, dijo más cosas esenciales que Marx en muchos acerca de la sociedad capitalista de su tiempo y del nuestro ; es lo dicho por Marx, y no lo dicho por Bakunin, acerca del socialismo como sucesor del régimen burgués lo que ha fallado. Por su parte, la labor de Kropotkin fué gigantesca ; su análisis de la sociedad humana, su « Ayuda Mutua », su « Etica », han de empezar a dar frutos ahora, y los darán durante siglos si el mundo se ha de salvar, mientras que Marx está completamente agotado, y, si ha de salvarse el mundo, menester es que le olvide...

Con tan pobre noción del anarquismo, no es extraño que Gironella atribuya a esta doctrina « fuerza humana » únicamente, reservando toda la « fuerza científica » para el marxismo, pese al hecho de que

lo que éste nos ofrece hoy es rechazado de plano por la conciencia, la conciencia individual y la conveniencia pública. Pero parece que Gironella, puesto a confesar la crisis y el fracaso del marxismo ,no puede hacerlo sino a cambio de atribuir otro tanto al anarquismo también. Y así dice que ni uno ni otro previeron la presente situación, pese a estar anunciada claramente en varias obras de Proudhon, pese a que éste y Bakunin la predijeron ante las barbas de Marx, pese a que Pedro Kropotkin la indicó cuando construía Lenin su Estado totalitario, pese a que en toda la propaganda anarquista ha dedicado a ese tema la principal atención. « La crisis actual del marxismo y del anarquismo — asegura Gironella — es en realidad la crisis de las frases hechas y de las fórmulas utópicas e infantiles. » La verdad es que el movimiento socialista se halla en crisis, pero esa crisis afecta tan sólo al sector marxista del socialismo, porque se debe al fracaso de la táctica de la revolución, que Marx dictó a sus secuaces. Eso, que, pese a ser la negación del socialismo, ha venido a ser la quintaesencia socialista para todos los discípulos de Marx, es lo que ha fracasado por completo, como anunciaron conjuntamente, y en oportuna sazón, el anarquismo y ese sentido común de que carecen los más eximios doctores del « socialismo científico », que todavía se obtinan en establecer una sociedad sin clases ni autoridad mediante el poder omnímodo de una clase gobernante ; y eso, la táctica marxista, es lo que le estorba al socialismo, que, si no prescinde de ella, víctima suya será.

Parece reconocerlo Gironella cuando, en el número 5 de la revista, dice que « las nuevas circunstancias obligan a revisar los programas y las tác-

ticas. » Mas, por una parte, no especifica que lo que no cabe hacer es recurrir al Estado para implantar un sistema socialista, y por otra, nos atribuye a nosotros — no menos que a los marxistas — la necesidad de enmendar la plana. Lo cual se explica, dada su angosta noción del anarquismo. Dice que éste « había basado su actuación en una exaltación de la libertad y del hombre, en el sentido individual, y en la acción directa, no parlamentaria, en el sentido colectivo ». Y sigue : « Mientras que el socialismo independiente (es decir, el ajeno a la segunda y a la tercera Internacionales) había acentuado más bien el carácter del conjunto de la organización social, el aspecto objetivo ,y las posibilidades y medios de transformar esta organización social en sentido socialista. »

Al parecer, Gironella hace caso omiso del anarcosindicalismo, de Organizaciones obreras como la C. N. T., cuyos Sindicatos son ya estructuras sociales de carácter socialista y cuya obra es mil veces superior a la de cualquier Partido político, como intento realista y objetivo en pro de la implantación del socialismo. Sólo esa omisión, que no es un grano de arena, puede permitir a Gironella continuar así : « El socialismo independiente hace plenamente suya la concepción libertaria y humana del anarquismo, y éste acepta la necesidad de una organización socialista de la sociedad, basada, no solamente en la libre voluntad individual, sino también en la planificación y racionalización económicas. » Parrafito al que podemos replicar manifestando que, hasta el presente, ni el socialismo marxista ni Gironella han hecho « plenamente suya la concepción libertaria del anarquismo », puesto que no han renunciado al viático estatal, con cuyo auxilio siguen contando pa-

ra pasar de este mundo burgués al socialista, y que no es el anarquismo quien necesita aceptar de los marxistas « la organización socialista de la sociedad », ni la « planificación y racionalización económicas », sino éstos de él, que en España, por ejemplo, hace mucho tiempo que les saca gran ventaja en el estudio de una y de otras, y asimismo en el empeño de llevarlas a la práctica.

El amigo Gironella podría haber sacado gran provecho leyendo en los tres primeros números de « Mundo » el magistral artículo que, bajo el título de « El socialismo y el Estado », publicó allí nuestro gran maestro Rodolfo Rocker ; artículo que — dicho sea de paso —, nosotros, los anarquistas, deberíamos divulgar muy ampliamente. Pero, a falta de aquél, otro de Julián Gorkín, titulado « Bolchevismo, stalinismo y trotskismo », que apareció en el segundo número, pudo ser beneficioso para todos los marxistas. « La dictadura stalinista — decía Gorkín allí — no es tan sólo el producto de una profunda degeneración, determinada lógicamente por la situación interior y exterior... de la U.R.S.S. ; a nuestro juicio, sus factores determinativos estaban ya contenidos en el propio bolchevismo. Es decir, el mal de origen hay que buscarlo ya en las propias concepciones, políticas y orgánicas, del bolchevismo... El stalinismo no ha surgido porque sí y como un producto al bolchevismo, sino que encuentra su mal de origen en los orígenes del propio bolchevismo y en la política aplicada por éste desde el Gobierno durante los primeros años de la revolución. Es, en suma, la rama degenerada y podrida de un tronco que llevaba ya en sí la degeneración y la podredumbre... Trotsky y el trotskismo no han cesado de reivindicar, sin rectificación de ninguna suerte,

las doctrinas y las tácticas del bolchevismo... El trotskismo queda incurso, por consiguiente, en las críticas que hemos hecho más arriba respecto al bolchevismo... El trotskismo no representa una fundamental rectificación del stalinismo, sino (que es) un opositor y rival suyo. Por encima de sus trágicas luchas de estos últimos años, son, en el fondo, el anverso y el reverso de una misma medalla... »

A todo lo cual, yo, por mi parte, sólo deseo añadir que, en efecto, « el mal de origen » del stalinismo radica « en los *orígenes* del propio bolchevismo », y que, así como « la degeneración y la podredumbre » pasaron a « la rama » desde « el tronco », habían llegado « al tronco » desde « la raíz »... marxista. Lenin, el fundador del bolchevismo, se tomó la molestia de basar toda su táctica en las concretas recomendaciones de Marx, y en tan alto grado lo consiguió, que hoy nos resulta evidente — por lo menos a mí — que, en el orden táctico, no hay más marxismo que el leninista, el interpretado y llevado a la práctica por Lenin. Y me parece que Gorkín tiende a escaparse por la tangente cuando censura al trotskismo, al stalinismo y al leninismo unas cuantas normas dictatoriales y jesuíticas, que del Partido bolchevique pasaron al Estado ruso. Aun cuando, en verdad, y como afirma Gorkín, tales normas « son, desde el punto de vista socialista, verdaderas monstruosidades », forzoso es considerarlas como « peccata minuta » en comparación con el mayúsculo crimen de recurrir a « la dictadura del proletariado », o al despotismo político-económico de una clase privilegiada, para implantar el socialismo, incompatible con clases y autoridad. Y ese mayúsculo crimen fué, además, la causa determinante de los otros pecadillos. Así es que... tú dirás, Gor-

kín, porque no basta lo que dijiste en el artículo citado, ni aun siquiera lo que añadiste, bajo el título de « Algunas conclusiones socialistas », en el que publicaste en el número 10 de « Mundo » :

« Uno de los temas más debatidos hoy... es el que se refiere a la llamada dictadura del proletariado. Después de la trágica experiencia rusa, los libertarios tienen mil veces razón al repudiar el concepto y hasta la terminología propios de tal régimen, aun cuando se escude en su carácter de transitoriedad. Lo que corresponde organizar es un régimen de auténtica democracia obrera y socialista sobre bases universales o tendentes a la universalidad. Hay que tender a la destrucción de la maquinaria del Estado, de todo Estado opresor. El Estado, como tal, constituye siempre un instrumento de opresión. Ningún teórico socialista — ni Marx, ni Engels, ni Lenin — lo ha negado. No se trata de oprimir a una clase por parte de otra, sino de transformar... la sociedad entera. »

Gorkín vacila. Cuando la lógica y la sinceridad le llevan a decir que « hay que tender a la destrucción de la maquinaria del Estado », la trasnochada adhesión a los errores marxistas le compele a añadir : « ... de todo Estado opresor », como si alguno fuera otra cosa ; y a renglón seguido, cual si temiera que le acusasen de defección otros marxistas más obcecados, advierte que el marxismo no ha negado jamás el hecho de que el Estado, « como tal », siempre es un aparato de opresión. ¿ Qué es eso de « como tal » ? ¿ Un eco lejano de « el Estado que sigue siendo Estado, pero ya no es un Estado en la verdadera acepción de la palabra », galimatías con que Engels nos describió la Comuna de París ? ¿ Es posible que el Estado, sea, *como tal,* opresor,

liberador *como cual* y templagaitas *como otra cosa ?* Aquí no hay « sí, pero no », ni « tío, páseme el río ». O hay que destruír todos los Estados, por la sencilla razón de que todos, sin ninguna excepción, son opresores, como Marx y sus apóstoles hubieron de proclamar, o, a pesar de saber eso, y a la vez que se presume de honestidad condenando aquello de que « el fin justifica los medios », sigue uno siendo tan deshonesto marxista y tan mal hombre como quien, tras proclamar que todo Estado es opresor, recurrió a la dictadura para echar las bases del socialismo. En esta cuestión, Gorkín, una de dos : o se sigue *errando*, o se quita el banco. No cabe imitar a Lenin en la demagogia con que denostó al Estado y prometió su exterminio y, a la vez, en el siniestro uso del mismo.

Tampoco cabe rechazar muy dignamente la « dictadura del proletariado » para aceptar... de otro modo la llamada « democracia socialista ». En muchos textos de Marx, Engels, Lenin, Kautsky, etc., ambas cosas son la misma, y Sidney Hook ha explicado muy claramente que, en buen marxismo, la democracia burguesa es la dictadura de la burguesía contra el proletariado, y la democracia obrera, bajo cualquier forma, la dictadura del proletariado contra la burguesía. Además, así como de la democracia burguesa ha surgido fatalmente el fascismo de origen derechista, de la democracía obrera surgiría fatalmente el fascismo de origen izquierdista. No he de cansarme de repetir que la diferencia entre la democracia y el régimen totalitario es meramente de tamaño, de cantidad, no de calidad ; no de Constitución, sino de función estatal. La democracia se convierte en fascismo por crecimiento, por ejercicio, por hábito ; del uso permanente de una

fuerza, se pasa al abuso de ella. Sólo sería posible aceptar la democracia, como norma socialista, si cupiera dar crédito al *camelo* de que el Estado « proletario » se marchita por sí mismo, como una malva, o se disuelve en el agua « socialista », como un azucarillo. Si hay que destruir el Estado, váyase al cuerno la democracia, y dispongámonos todos los socialistas a organizar la anarquía, que no es el poder del pueblo, sino su propia y auténtica libertad. Lo demás es utopía si se anhela genuinamente, con buena fe de cegatos, y en cualquier otro caso, pillería. Los anarquistas estamos hartos de que nos tilden de utópicos, aun hoy mismo, quienes sólo en nuestras viejas posiciones pueden hallar tierra firme cuando todas las demás son tremedales de error o sumideros de desvergüenza.

Hay en « Mundo » otros artículos insistentes en las verdades fundamentales de que nos hallamos en un período de transición, en que se extingue el régimen burgués y surge el estatal neto, y de que el sector marxista del socialismo militante se encuentra en crisis a causa del empeño irracional, mítico, imbécil, de recurrir al Estado para todo, considerándolo representación del país o de una clase aparte de él, un instrumento, una máquina, un aparato ortopédico, de quita y pon, en vez de advertir lo que es : una clase de por sí, suprema y omnipotente cuando le da el « socialismo » los bienes de la nación y ese « poder popular » con que se niegan las libertades del pueblo. A mí me basta con poder destacar eso. Mas será conveniente mencionar un gran artículo de Otto Ruhle, que apareció en el número 9 ; otro de Sebastián Franck, publicado en el 6 ; otro de Gironella, inserto en el 11-12, y, finalmente, unas resoluciones de la « Comisión So-

cialista Internacional ». Franck, ocupándose de « la economía regimentada y el futuro del socialismo », dice que, actualmente, « los cambios fundamentales de la organización económica y de la estructura social son el resultado del desarrollo del capitalismo monopolista y de la acumulación del capital », y añade que esas transformaciones « pueden esperarse en todas las naciones capitalistas, donde esta tendencia general es ya evidente. » Cierto ; pero el caso de España y, sobre todo, el de Rusia, parecen indicar que la transición del capitalismo burgués al estatal no sólo depende del desarrollo económico, sino también, y aun principalmente, del contraste entre poderes del Estado y libertades de la nación. Sigue diciendo que « en los antiguos cárteles, los directores eran nombrados por los patronos... Hoy, los directores de la organización industrial, son nombrados desde fuera... Estos hombres de negocios, ejecutores de las órdenes de las supremas autoridades, cumplen una función social totalmente distinta de la anterior. Y su poder deriva de su posición en el Estado, y no de su posición económica. » En efecto, los capitanes de industria sólo pueden conservar o aumentar sus privilegios cambiando de clase privilegiada, dando el salto que les lleva de la burguesa a la estatal.

Así es que — termina Franck — « el problema de la transformación socialista de la sociedad se ha convertido en problema político — lo que no quiere decir que esta transformación se consiga simplemente por la elección de una mayoría parlamentaria — : o sea : en el orden de la producción, la base propia del socialismo la están echando ya la técnica y el Estado modernos, al convertir la primera las *cosas de propiedad privada* en *servicios públicos,*

y al expropiar el segundo a los burgueses, por exigencia social. Lo que hay que hacer es que los Sindicatos de productores, y no el Estado, sean quienes echen tal base económica socialista, a fin de que la producción, libre de parásitos y dirigentes burgueses o políticos, regida técnicamente, dé el máximo rendimiento, y sus productos sean distribuídos equitativamente, según demanda la justicia social, el *alma mater* del socialismo, y así sirva para liberar a los hombres, en vez de esclavizarlos mediante una distribución condicionada a la obediencia que exija cualquier Estado. Económicamente, el socialismo es, no sólo posible, sino también indispensable, y todo lo que hay que hacer es eliminar ahora el factor político capaz de desvirtuarlo, de convertirlo en sistema de esclavitud. Tal factor es el Estado. El problema político actual, a que Franck se refiere, no es ni puede ser otro que el que plantea el Estado, ni tiene más solución que la anarquía.

Otto Ruhle, en « Parlamento, partidos y revolución », dijo que « el Parlamento es un instrumento de la política *burguesa*, sujeto al método *burgués* de hacer política, y es *burgués* también en su efecto. El método burgués, es decir, parlamentario, de hacer política, está íntimamente ligado al método burgués de manejar la economía. Este método se llama *negociar*, en las dos acepciones de la palabra... Lógicamente, el primer acto revolucionario del proletariado debería haber sido la abolición de los Parlamentos. Pero el proletariado (alemán, principalmente) no pudo realizar este acto, porque él mismo estaba organizado en partidos, y por lo tanto sujeto a organizaciones que, en el fondo, son de índole burguesa... Un partido necesita del Parlamento y del parlamentarismo, igual que el Parlamento ne-

cesita de los partidos. El uno condiciona al otro, se apoyan y se sostienen mutuamente. El mantenimiento del partido significa el mantenimiento del Parlamento, y, con él, del régimen burgués. Según el modelo del Estado burgués y de sus instituciones, el partido está organizado en forma autoritario-centralista... Un partido de carácter revolucionario, en el sentido proletario, es un absurdo. Sólo podría tener carácter revolucionario en el sentido burgués, y eso únicamente en la época de transición entre el feudalismo y el capitalismo. Es decir, en interés de la burguesía. En la época de transición entre capitalismo y socialismo, debe fracasar. Debe fracasar tanto más cuanto más revolucionarios hayan sido sus gestos y su fraseología... Si el partido socialdemócrata dice que no quiere la revolución, hay en ello cierta lógica, pues como partido nunca podrá llevar a cabo una revolución proletaria. Pero si el partido comunista dice que quiere la revolución, promete en su programa muchísimo más que puede cumplir... Los líderes (remunerados) son funcionarios administrativos, y como tales pertenecen a una categoría burguesa. Líderes, es decir, funcionarios, son pequeños burgueses, no proletarios... Pero la sociedad burguesa está arruinada. Decae cada vez más, va entrando en descomposición y putrefacción... En una época así, tampoco el partido puede subsistir ; elemento de la sociedad burguesa, perece con ésta. Sería charlatanería pretender salvar de la muerte a la mano, si el cuerpo está moribundo... A la hora de la catástrofe, (el proletariado) se salvará del abrazo mortal con que le sujetan los tentáculos del pulpo del poder de la organización burguesa. TOMARA SU CAUSA EN SUS PROPIAS MANOS. »

¡ Certísimo todo ello ! El Partido político es una creación de la burguesía, como la Compañía Anónima. Es una empresa de explotación del poder «público », como la otra lo es de la riqueza « nacional », y ambas *negocian* similarmente. Dentro de la democracia, el Partido de los grandes terratenientes, el de los financieros, el de los industriales, el de la pequeña burguesía, tienden a usar el « capital público » del Poder en provecho de aquel sector social que cada cual representa, que lo ha creado, que le paga los gastos electorales y con sus votos le pone en el machito. Los Partidos « proletarios » también tienen por misión el uso del Poder público en pro de los intereses que dicen representar. Pero ocurren fenómenos muy notables. En primer lugar, el Partido se mimetiza respecto al Estado, se hace su imagen y semejanza, se acopla a él, se convierte en una organización de poder, de mando, por aquello de que « la función crea el órgano », y la función gubernamental le hace gubernativo absolutamente. En segundo lugar, así como la economía burguesa va al monopolio por el camino de la competencia la política democrática va al Partido único, exclusivista, a través de toda suerte de negociaciones, porque, en efecto, en las componendas y el régimen de turno huelgan todos los programas, ya que no se gobierna con arreglo a ninguno, y cada programa, que niega y excluye a los demás, sólo puede ser llevado a la práctica eliminando la democracia, mediante el copo del Estado por un sólo Partido, que establece un régimen totalitario. En tercer lugar, los políticos de todos los Partidos viven del Poder, del ejercicio del mando, de la venta del *tantun* de autoridad que les confieren las elecciones, las intrigas o el golpe de Estado, y es natural que se olviden de los intereses

que dicen representar, para pensar en los propios ; burgueses o proletarios cuando inician su *carrera*, al hacerla se convierten en miembros de otra clase, que es la estatal, y a eso se debe que todos los Partidos tengan una evidente solidaridad, o identidad, de intereses con el Estado. Es lo que apunta Gironella, al decir en el último número de « Mundo », que el movimiento socialista político, « ligado nacionalmente al Estado burgués, cómplice de una guerra odiosa y odiada, se hunde en una crisis ideológica y orgánica tan profunda como la actual. »

En efecto, los fenómenos que hemos venido mencionando hicieron de los Partidos *proletarios* cadenas con que, unas veces la burguesía y otras veces los políticos, amarraron la clase trabajadora al Estado burgués, a su sistema de explotación, a sus rivalidades, a sus criminales pugnas imperialistas, a su absoluta amoralidad. Pero cuando los mismos fenómenos liquidan la libertad de empresa y la competencia mediante el monopolio económico, y el sorteo democrático mediante el monopolio político ; cuando el Partido se independiza del sector social que le encomendó su representación, y el Estado, a su vez, se independiza de la sociedad en cuyo nombre manda, o se desmanda como le place, entonces queda hecho añicos todo el régimen burgués, y la crisis mortal de éste da lugar a la crisis terminal del socialismo político, marxista, cuyos Partidos se encuentran ante el dilema de perecer bajo el hacha del fascismo, con la misma burguesía a que sirvieron — como ocurrió en Alemania, en Italia, en España —, o conquistar el Poder, identificarse con el Estado, fascistizarse, convertirse en única clase privilegiada, explotadora implacable de toda la sociedad desposeída por ella, proletarizada absolutamente — ¡ qué

sarcasmo ! — en nombre del socialismo o del comunismo — como ha ocurrido en Rusia y está ocurriendo actualmente en las colonias soviéticas —.

Esa es la crisis del socialismo, que no quedará resuelta mientras los auténticos socialistas no acabemos de una vez con el Estado « burgués », con los Partidos tendentes a instaurar el « proletario », con las tácticas « revolucionarias » que sólo ofrecen esclavitud, con los errores marxistas de que vienen tales tácticas y con las reminiscencias de salvajismo gregario, propias de bestias, pero no de hombres, a que llamamos tendencias autoritarias, tan típicas del instinto predatorio, tan repugnantes e innecesarias a la capacidad fabril, a la noción de justicia y a la magnífica técnica de cooperación con que toda sociedad civilizada puede implantar por sí misma el socialismo y liberar, mediante él, a todos sus componentes. Pero no se nos venga, como viene la Comisión Socialista Internacional integrada por miembros del P. O. U. M., del Partido Socialista Obrero y Campesino de Francia, de los Grupos Socialistas de Alemanes y Austríacos, del Grupo Socialista Internacionalista Judío y del núcleo italiano « Giustizia e Libertá », con la salida de que, fracasada la « falsa » democracia burguesa, lo que el mundo quiere es la « verdadera » democracia, la « socialista ». Si en lugar de « democracia » ponemos « Estado », como es forzoso poner, el nuevo truco marxista resulta ya más que viejo...

Y aun sin cambiar el nombre de la función por el del órgano que la ejerce. Desde la Revolución Francesa acá, la democracia — que aportaron los burgueses — y el comunismo — a que aspiraban los proletarios — han sido cosas presentadas como iguales, o por lo menos idóneas e interdependientes,

por todos los teóricos a quienes Marx heredó, por él mismo y por sus muchos herederos. Hasta Bakunin tragó el anzuelo de esa ilusión, y tal vez hoy los marxistas, recordando el error bakuniniano, bien evidente en el título de la Alianza de la Democracia Socialista, quieren sacar partido de él, entre nosotros. También hubo en Valencia, creo que el año 1871, ciertas sutilezas dialécticas tendentes a probar a los federales que la democracia auténtica se identifica con la anarquía. Pero... murieron ya los canarios a quienes cupo cebar con tal clase de pamplinas. Hoy no hay modo de tragar la afirmación de que « la democracia socialista... fundirá en uno sólo los conceptos de libertad e igualdad. »

La « libertad » estatal, o democrática, niega la igualdad social. La Comisión Socialista Internacional nos pone ya sobre aviso cuando nos dice que la democracia obrera, o socialista, « implica la desaparición del Estado como fuerza dominadora y represiva de una clase minoritaria sobre el conjunto de la sociedad ». Una de dos : eso, o es cierto o es falso. Si es cierto, la democracia socialista supone la extinción de todo Estado, porque todos, sin excepción, son fuerzas dominadoras y represivas, son clases minoritarias dominadoras de la sociedad, y entre los Estados que desaparecen hay que contar el democrático, de modo que lo que queda establecido no es la democracia socialista, sino la anarquía. Si es falso, la democracia socialista deja en pie el Estado de « la mayoría dominante », como solía llamar Lenin al encargado de ejercer la « dictadura del proletariado », que es, en efecto, una minoría dictatorial. Así es, señores marxistas, que o se vienen ustedes a nuestro campo, sin su marxismo y su democracia, o se quedan con las dos en el terreno es-

tatal, cuya geografía no conseguirán cambiar por mucho que, a imitación de Marx, Engels, Lenin, Trotsky y Stalin, le cambien la toponimia. Pero conste que quien entre los términos « socialismo » y « libertad » mete al Estado, reniega de los dos. La condición *sine qua non* de entrambos, del socialismo y la libertad, es la anarquía.

Por eso mismo, compañeros anarquistas, tenemos hoy *el deber social* de alzar la voz como nunca difundiendo nuestra nueva. No podemos transigir en el campo ideológico, ni ceder ante ninguna circunstancia, ni adulterar nuestros vinos a petición de viciados paladares, ni conseguir alianzas a precio de confusión, ni cejar un sólo instante en la tarea de nuestro propio cultivo, pues evidente resulta que de nosotros — ¡ SI, DE NOSOTROS ! — depende ya por completo la causa del socialismo, y acaso más, mucho más : la supervivencia humana, ya que el dilema del siglo es éste : la sociedad, o el Estado ; o la anarquía o la guerra atómica...

INDICE

Ediciones «SOLIDARIDAD OBRERA»

VOLUMENES PUBLICADOS :

MEDITACIONES INDEPENDIENTES
folleto de J. GARCIA PRADAS (agotado).

LA REVOLUCION Y EL ESTADO
(táctica marxista)
de J. GARCIA PRADAS.

ROMANCERO DE LA LIBERTAD
de Gregorio OLIVAN.

EN PRENSA :

DON QUIJOTE DE ALCALA DE HENARES
de J. M. PUYOL.

SE HA TERMINADO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DIA XXX DE
AGOSTO DE MCMXLVII EN LOS
TALLERES DE LA SOCIÉTÉ
PARISIENNE D'IMPRESSIONS,
4 RUE SAULNIER. — PARIS IX

SOLIDARIDAD OBRERA

1, Rue Fontaine-au-Roi, PARIS (11e)